



La mitología a través de las colecciones del Museo del Prado

Introducción

El término **Mitología** deriva del griego “*mytos*”, fábula y leyenda, y “*logos*”, tratado o discurso, y podemos definirlo como un conjunto de leyendas, fábulas o mitos referidos a las divinidades y héroes legendarios, fundamentalmente griegos y romanos, aunque es importante tener en cuenta que todas las religiones o sociedades tienen sus mitos, que sirven para explicar el origen del mundo o determinados fenómenos de la Naturaleza.

De hecho, los primeros hombres atribuyeron un carácter divino a algunas situaciones o acontecimientos que no sabían cómo explicar y así surgen los primeros dioses, que encarnan fuerzas elementales del Universo como la Tierra o el Cielo. Pero a esos dioses “físicos” se unen rápidamente otros que encarnan valores más espirituales, como el Conocimiento, la Sabiduría, el Amor...

Esos mitos, que tienen su génesis en el mundo clásico, fueron parcialmente aceptados o asimilados por el Cristianismo, que supo dar un sentido religioso y moralizante a muchos de esos relatos y convertir a determinados héroes míticos en ejemplos de ética, virtud y moral cristiana.

Asimismo, y buscando una legitimación para su ejercicio del poder, muchas dinastías –o incluso estados– volvieron su mirada hacia la Antigüedad para encontrar en ella unos orígenes remotos y legendarios con los que reafirmar su autoridad. De ahí la existencia, a partir sobre todo del Renacimiento, de complejos programas decorativos centrados en la mitología y en las hazañas de los más destacados héroes o dioses greco-latinos. Es el caso, por ejemplo, de la Torre de la Parada, un pabellón de caza en los montes del Pardo, que durante el reinado de Felipe IV fue objeto de un ambicioso proyecto decorativo centrado en la mitología que fue ejecutado por Pedro Pablo Rubens y su taller.

En un primer momento los mitos son narraciones no escritas, que se transmiten de forma oral y que paulatinamente van modificándose con nuevos añadidos, diferentes interpolaciones, versiones divergentes o contradictorias... De ahí que en algunos casos no esté clara la paternidad de determinados personajes o que se cuenten diferentes leyendas sobre sus orígenes, su vida o los principales episodios en los que toman parte.

Fuentes

Entre las principales fuentes de relatos mitológicos podemos señalar:

— La *Teogonía*, de **Hesíodo**, escritor griego del siglo VIII-VII a.C., donde se recoge el origen del Cosmos y la genealogía de los primeros dioses, desde el Caos, Gea y Eros hasta los hijos y nietos de Zeus.

— La *Iliada* y la *Odisea*, grandes epopeyas atribuidas a **Homero**, poeta ciego que vivió en el siglo VIII a.C., aunque al parecer Homero recopiló y puso por escrito diversos relatos épicos anteriores.

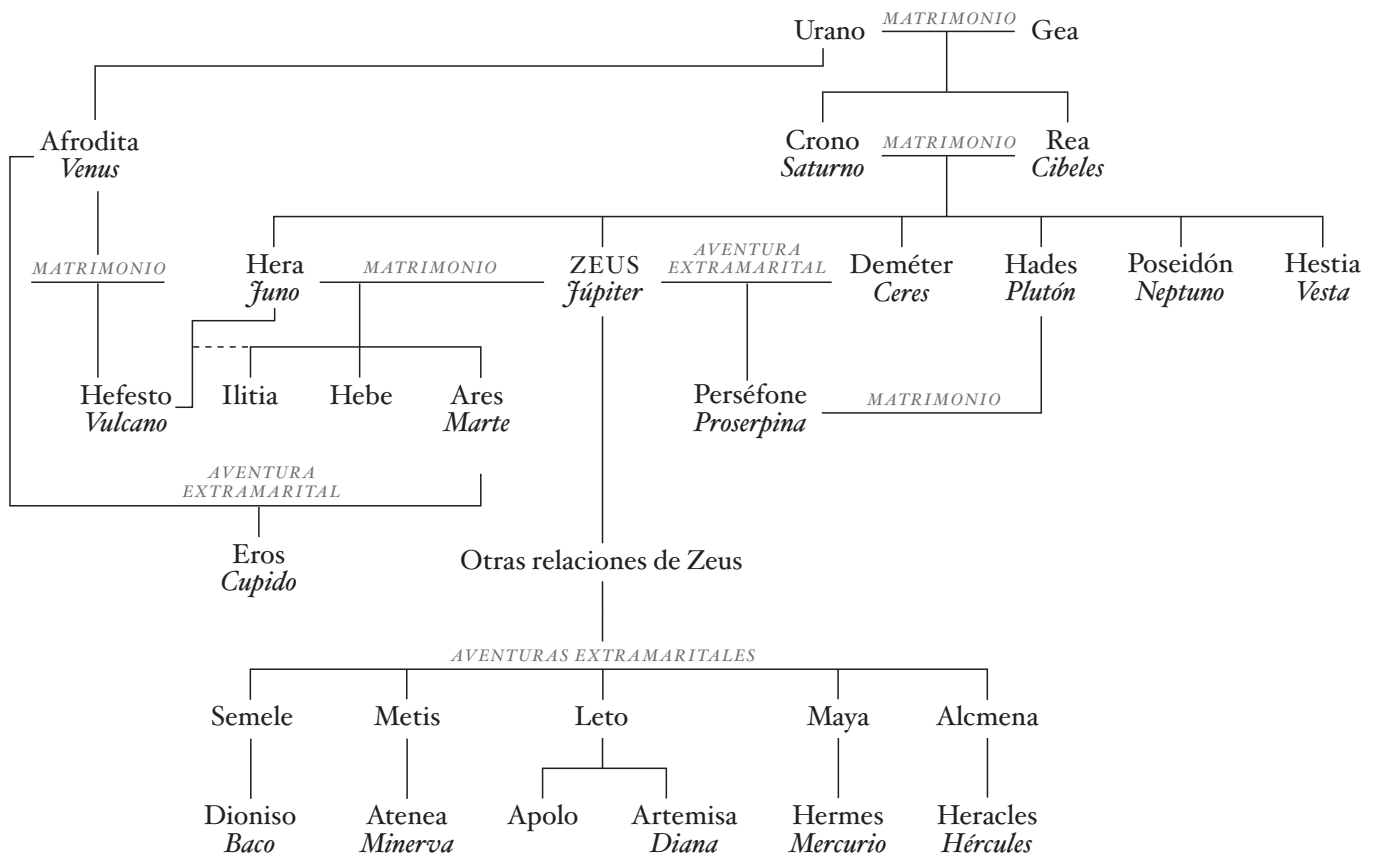
La *Iliada* narra lo sucedido en la Guerra de Troya y la destacada participación que los dioses tuvieron en ella, interviniendo del lado de los griegos o de los troyanos, según sus intereses o estrategias.

La *Odisea*, por su parte, narra la vuelta a casa del héroe griego Odiseo –Ulises en latín– tras la Guerra de Troya, sufriendo todo tipo de pruebas o retos a los que ha de enfrentarse por designio de los dioses. Pasados diez años conseguirá regresar a Ítaca, su hogar, donde le esperan su mujer Penélope y su hijo Telémaco.

— Las *Metamorfosis*, del poeta romano Publio **Ovidio** Nasón (43 a.C.-17 d.C.), donde se recogen numerosas historias de dioses, que aman y sufren como los humanos. Reconocido en vida como uno de los mejores poetas de su tiempo, Ovidio alcanzó un gran prestigio entre sus contemporáneos y también en épocas posteriores, especialmente en el Renacimiento y el Barroco. Su obra es, sin duda, la principal fuente de inspiración para los artistas a la hora de afrontar sus composiciones mitológicas, y, como se puede comprobar en ciertas obras del Museo, en algunas ocasiones esas pinturas son una interpretación literal del relato de Ovidio, con una estrecha correspondencia entre imagen y texto.

— Otros textos a los que los artistas han recurrido con frecuencia en busca de información para poder desarrollar sus obras de carácter mitológico son, por ejemplo, *Los Trabajos y los Días*, de **Hesíodo**, la *Eneida* de **Virgilio**, los *Fastos* de **Ovidio**, las *Imágenes* de **Filóstrato**, las *Fábulas* de **Higinio**, la *Biblioteca* de Apolodoro, las *Imágenes* de Luciano de Samósata, la *Biblioteca Histórica* de **Diodoro de Sicilia**, el *Viaje de los Argonautas*, de **Apolonio de Rodas**... La lectura de cualquier fragmento de estas obras puede resultar sumamente interesante para los alumnos, dado el carácter novelesco que tienen las historias que recogen y la completa información que ofrecen sobre los dioses y su actividad en la tierra.

La mitología a través de las colecciones del Museo del Prado



Antes de la visita

El primer problema que plantea el estudio de la mitología hace referencia a los nombres de los dioses. Salvo contadas excepciones –con Apolo a la cabeza–, los dioses son conocidos con un nombre en Grecia y con otro en Roma: Zeus-Júpiter, Poseidón-Neptuno, Afrodita-Venus, Atenea-Minerva...

Como norma general, hemos mantenido la denominación griega, aunque acompañada frecuentemente del nombre latino para facilitar la identificación del personaje. En la catalogación de las obras del Museo también ha primado tradicionalmente la referencia latina, pero los visitantes del Museo –en este caso el profesor y sus alumnos– encontrarán indistintamente las dos posibilidades; por ejemplo, podrán ver estatuas de Dioniso y pinturas protagonizadas por Baco, cuando en ambos casos se trata del mismo dios. Lo mismo ocurre con Deméter-Ceres, o con Hermes-Mercurio, por citar otros ejemplos.

Por eso, y como primer acercamiento al tema, planteamos el estudio o comentario en clase de un árbol genealógico donde se recoge la nómina de los principales dioses, con sus nombres griegos y romanos, para que los alumnos vayan familiarizándose



Pedro Pablo Rubens
El juicio de Paris



El Sistema Solar



Mosaico de la Casa del Planetario
Itálica (Sevilla)

con ellos. También aparecen señalados los matrimonios o aventuras extramaritales o que tuvieron entre sí, con la descendencia fruto de esas relaciones amorosas. De esa manera los alumnos podrán entender mejor algunas asociaciones que aparecen en los cuadros del Museo y el porqué de determinadas composiciones o iconografías.

Esa interrelación que se produce entre diversos dioses es una de las complejidades que ofrece el estudio de la mitología, ya que los mitos están interconectados y en ocasiones son varios los dioses que los protagonizan. Por eso, y con el fin de no repetir el relato de esa historia, se ha optado por incluir su explicación detallada en la biografía de un dios y una simple referencia cuando se estudian los otros dioses o diosas. Uno de los ejemplos más claros podría ser *El juicio de Paris*, protagonizado –además de por el príncipe-pastor troyano París, de quien toma el nombre– por Hermes, Afrodita, Atenea y Hera (Mercurio, Venus, Minerva y Juno, en Roma).

Aunque no seamos plenamente conscientes de ello, la mitología está presente en nuestras vidas de una manera más o menos directa. ¿Cómo? ¿De qué estamos hablando? Pensemos en el lugar donde vivimos, la Tierra, que forma parte del Sistema Solar. Todos los planetas que integran el Sistema Solar tienen nombres de dioses, y seguro que todos, incluidos los alumnos, somos capaces de recordarlos de manera ordenada, según su proximidad o lejanía con respecto al Sol: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

Pero todavía podemos ir más allá. Pensemos en los días de la semana. En nuestro idioma, los nombres de varios días derivan de determinados dioses romanos: *Lunes* (Selene, la Luna), *Martes* (Marte, el dios de la guerra), *Miércoles* (Mercurio, el mensajero de los dioses), *Jueves* (Júpiter, dios supremo del panteón romano), *Viernes* (Venus, la diosa del amor) y *Sábado* (Saturno, el protector de los campos y los cultivos). La palabra *Sábado* deriva de la festividad hebrea de Shabat”, mientras que el *Domingo* –“dominicus”– es el “día del Señor”. Pero hay otras lenguas, como el inglés que mantienen esa correspondencia mitológica para todos los días de la semana; por ejemplo, *Saturday* (el día de Saturno, sábado), *Sunday* (el día del Sol-Febo-Helios, domingo) o *Monday* (el día de la luna, lunes).

El profesor puede plantear una actividad en clase en la que el alumno investigue sobre estos temas: el origen de la denominación de los días de la semana, los planetas del Sistema Solar o determinadas constelaciones.

Como hemos comentado, la mitología es algo mucho más cercano a nosotros de lo que creemos. El profesor puede plantear a sus alumnos elaborar una lista de palabras o expresiones que podemos usar en el día a día y que tienen un origen mitológico. Seguro que la lista es amplísima. Puede incluir términos concretos (*Olimpiadas*, *Geografía*, *Cronología*, *volcán*, *afrodisíaco*...), expresiones (“*carácter narcisista*”, “*está hecho un Adonis*”, “*el modelo de belleza apolínea*”, “*lucha titánica*”, “*la Venus de ébano*”, “*dar en la diana*”...) o marcas y nombres comerciales (*El sueño de Morfeo*; *Venus*, *de Gillette*; *El Mercurio*, *de Chile*...).

Dossier informativo

La Cosmogonía

Según relata Hesíodo en *La Teogonía*, al principio de todo, al inicio del mundo, sólo existía el **Caos**, el vacío. Después, **Gea**, la Tierra, sede de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. Por último, **Eros** (el Amor) el promotor de todas las uniones entre los dioses.

Del Caos surgieron **Erebo** (las Tinieblas) y la negra **Noche**, y de la unión de ambos nacieron el **Eter** y el **Día**.

La Tierra también tuvo su propia descendencia: primero, el estrellado **Urano**, el firmamento-cielo, y después las montañas –morada de las ninfas– y el mar. Posteriormente Gea y Urano, la Tierra y el Cielo, se unieron y así nacieron las primeras generaciones de dioses y semidioses, que ya son algo más que simples potencias elementales.

Primero tuvo a los seis **Titanes** –Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto y Cronos– y a las seis **Titánides**: Tía, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis. Vinieron luego los tres **Cíclopes**, seres de gran fuerza y habilidad que tienen un solo ojo, en medio de la frente. Por último, los tres **Hecatonquiros**, seres gigantes y violentos, con cien brazos cada uno.

Urano odiaba y aborrecía a sus hijos y no les permitía ver la luz, obligándoles a vivir dentro de su madre, la tierra, pero Gea, lamentando la situación de sus descendientes, buscó el modo de vengarse de Urano. Convenció a su hijo Cronos, el menor de los titanes, y este atacó a Urano con una hoz y le segó los genitales. De esta castración surgirán nuevos seres como Afrodita, la diosa del Amor, y también los **Gigantes**, seres colosales dotados de una gran fuerza semejante a la de los dioses, pero mortales.

Posteriormente Gea jugará un papel destacado en el derrocamiento de Cronos por parte de su hijo Zeus, y más tarde también incitará a los Gigantes a levantarse contra Zeus, como comentaremos más adelante. Se producirá así la sucesión de las tres edades míticas del mundo: la de Oro, Plata y Bronce, encarnadas por Urano, Cronos y Zeus respectivamente.

A continuación iremos desglosando las biografías de los principales dioses y su participación en los mitos más conocidos o destacados.



Francisco de Goya
Saturno devorando a un hijo

Cronos

Cronos –conocido en Roma como **Saturno**– es el menor de los Titanes, hijos de Urano, el Cielo y Gea, la Tierra. Instigado por su madre, Cronos castró a su padre con una gran hoz, sucediéndole en el trono.

Casado con su hermana Rea, tuvo con ella varios hijos: Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus. Antes de ser derrocado, su padre Urano le había profetizado que él también sufriría la pérdida del trono, por lo que a medida que nacían sus hijos los iba devorando. Rea, animada y apoyada por su madre, y al mismo tiempo suegra, Gea, salvó a su hijo Zeus de su trágico fin entregando a Cronos una piedra envuelta en pañales; al mismo tiempo, enviaron al niño a Creta donde fue criado en secreto. Posteriormente, ya adulto, Zeus logró que su padre regurgitase a todos sus hermanos y junto a ellos declaró la guerra a los Titanes, suplantando a su padre en el poder. Terminaba así la denominada “Edad de Oro” y comenzaba la “Edad de Plata”.

Rubens y Goya pintaron dos lienzos de idéntico argumento y título, *Saturno devorando a un hijo* [p-1678 y p-763], donde muestran cómo Cronos-Saturno despedaza a uno de sus hijos recién nacido. Son imágenes cargadas de violencia, en las que sobrecoje la mirada perdida del cruel dios, cegado por la locura y el ansia de poder. En la versión de Rubens Cronos lleva una guadaña, instrumento cortante tradicionalmente asociado a la muerte.

Cronos representa también el Tiempo –de ahí el término “cronología”– y la evolución. Así lo encontramos en *El Tiempo vencido por la Esperanza, el Amor y la Belleza* [p-2987] de Simon Vouet, donde aparece caído junto a sus atributos, la guadaña y el reloj de arena, mientras la Belleza le sujeta por los cabellos blandiendo una lanza sobre él, la Esperanza le amenaza con un garfio y tres amorcillos despluman sus alas.

De la unión de Cronos con Fílira, hija de Océano, nacerá Quirón, el más célebre, juicioso y sabio de los centauros, responsable, por ejemplo, de la educación de Aquiles.

Zeus

Zeus –al que los romanos conocen como **Júpiter**– es la divinidad suprema del Olimpo y, por tanto, del panteón greco-romano. Su templo de Olimpia se convirtió en el gran santuario panhelénico, acogiendo bajo su tutela a reyes, gobernantes, ciudades, asambleas, familias e individuos.

Recibe diversos sobrenombres o apelativos, siendo el más habitual el de “Zeus Tonante”, portador del rayo que hace temblar a la tierra, a los dioses y a los mortales. Ese rayo de oro había sido forjado por Hefesto y el dios aparece con él, por ejemplo, en *Júpiter portador de la égida* [E-16], curiosa imagen en la que Zeus lleva sobre los hombros la égida, una especie de coraza o manto protector hecho con la piel de la cabra Amaltea, con cuya leche se alimentó en su infancia. Con ella recogía las nubes, arrojaba relámpagos y provocaba truenos, pero se la regaló a su hija Atenea y es uno de los principales atributos de esta. A su lado aparece un águila, su animal simbólico, cuya apariencia



Zeus Tonante

adoptó en numerosas ocasiones y que, por extensión, se convirtió en símbolo del Imperio y del poder de Roma.

El *Júpiter Tonante* [E-5] expuesto junto a la puerta de Velázquez es una estatua colosal de finales del siglo I d.C. que quizás sea la imagen encargada por Domiciano para sustituir al original encargado por Augusto para el templo que consagró a Júpiter en el Capitolio y que fue destruido en un incendio en el 80 d.C. Esa estatua portaba un rayo en la mano derecha y apoyaba la izquierda en un largo cetro, iconografía que desconocía el restaurador barroco al que debemos los brazos. En Roma Júpiter integra, junto a Juno y Minerva, la denominada “triada capitolina”, cuyo templo coronaba la colina del Capitolio de Roma.

Zeus era nieto de Gea (la Tierra) y de Urano (el Cielo) y nació de la unión del titán Cronos (el Tiempo) y su hermana Rea. Cronos había destronado a su padre Urano y, para evitar que a él le ocurriese lo mismo –como le había anunciado su progenitor–, decidió devorar a los hijos que iba alumbrando su esposa Rea. Así ocurrió con los cinco primeros, pero al nacer Zeus su madre entregó a Cronos una piedra envuelta en pañales al tiempo que enviaba al recién nacido a Creta, donde fue cuidado por las ninfas y amamantado por la cabra Amaltea. Le tuvieron colgado de un árbol para que no estuviese ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar, y así no ser descubierto por Cronos; al mismo tiempo los Curetes, unos genios que cuidaban al niño, danzaban y chocaban sus armas para que el llanto del niño no llegase hasta su padre.

Pasado el tiempo, y con la ayuda de su madre y de su primera compañera, llamada Metis, que significa “prudencia”, Zeus hizo ingerir un bebedizo a su padre, que vomitó a sus cinco hermanos a los que había devorado al nacer: Poseidón, Hades, Deméter, Hestia y Hera. Todos ellos, ayudados por los Cíclopes y los Hecatónquiros, se enfrentaron a Cronos y los Titanes en una lucha que durará diez años: la Titanomaquia. Tras su victoria Zeus y sus hermanos varones se reparten el mundo: A Zeus le corresponden los cielos, a Poseidón los mares y a Hades el inframundo. Aunque teóricamente los tres dioses tienen el mismo poder, Zeus ocupará un lugar preeminente, ya que domina sobre aquella parte del mundo donde viven los hombres y los dioses y donde suceden la mayor parte de las historias.

Desde su trono del Olimpo, tuvo que hacer frente al ataque de los Gigantes, engendrados por Gea, la Tierra, de la sangre que manaba de la herida de su esposo Urano cuando este fue mutilado por su propio hijo Cronos. La Gigantomaquia o lucha de los Gigantes contra los dioses olímpicos ha sido un tema de gran desarrollo en la plástica clásica, y en el Prado podemos encontrarla, por ejemplo, en sendas obras de Jacob Jordaens –*La caída de los Gigantes* [P-1539]– o Francisco Bayeu –*El Olimpo: batalla con los gigantes* [P-604].

Zeus tuvo varios matrimonios –seis según la mayoría de las fuentes– e innumerables aventuras con diversas diosas, ninfas, simples mujeres mortales, e incluso algún joven efebo. Metis, su primera compañera, la que le ayudó a preparar el brebaje que dio a su padre Cronos para que este regurgitase a sus hermanos, engendró a Atenea, pero Zeus la devoró para evitar que la gestación llegase a término y se cumpliera una profecía que le anunciaba la pérdida del poder. Pero el embarazo continuó en su cabeza y de allí nació Atenea, ya adulta y armada.



La Musa Clío

Después Zeus se unió a Temis, una de las Titánides, con la que tuvo a las Horas y a las Moiras (denominadas Parcas entre los romanos), que son las diosas del destino y las que rigen la vida humana, como aparecen en una de las “pinturas negras” de Goya, *Las Parcas, o Atropos* [P-757].

Con Eurínome, hija de Océano, engendró a las tres Gracias –Aglaya, Eufrosine y Talía– que suelen acompañar a la diosa Venus, danzando como las ha representado Rubens en su tabla *Las tres Gracias* [P-1670]. Con Mnemósine, otra Titánide, tuvo a las Musas, que serán las protectoras de las artes, las ciencias y las letras, y que suelen acompañar a Apolo, como puede verse en *El Parnaso* [P-2313], de Nicolas Poussin. En la denominada “Sala de las Musas” se exhiben las conocidas como “Musas de Cristina de Suecia”, una colección de copias romanas de originales helenísticos restauradas en el siglo XVII. Así encontramos, por ejemplo, a *La Musa Clío* [E-68], que es la musa de la Historia, *La Musa Talía* [E-38] (la Comedia), *La Musa Urania* [E-62] (la Astroonomía), *La Musa Terpsícore* [E-41], que es la musa de la danza...

Posteriormente, Zeus mantuvo relaciones con Leto, con quien tuvo dos hijos gemelos, Artemisa y Apolo, que se incluyen dentro de la categoría de los doce dioses olímpicos. Su nacimiento no estuvo exento de complicaciones ya que Hera deseaba contraer matrimonio con su hermano Zeus y sentía una gran animadversión hacia todas aquellas con las que este mantenía relaciones, especialmente hacia Leto, a la que persiguió con gran saña para evitar que pudiera detenerse a alumbrar a sus hijos.

De su unión con su hermana Deméter, que fue su cuarta esposa, nacerá su hija Perséfone –Proserpina en la mitología romana–, que fue raptada por su tío Hades, que la llevó al Inframundo, tal y como representó Rubens en su lienzo *El rapto de Proserpina* [P-5269].

Casado por fin con Hera, de ese matrimonio nacieron tres hijos: Ares, el dios de la guerra, Ilitia, que será la protectora de las parturientas, y Hebe, personificación de la juventud y la encargada de atender a los invitados de los múltiples banquetes que su padre organizaba en el Olimpo. El escultor italiano Adamo Tadolini, discípulo de Canova, es el autor de *Hebe* [E-811], una bella escultura de mármol donde la joven lleva una jarra y una copa para servir el néctar divino. Hera también fue madre de Hefesto, pero al parecer lo tuvo sola, sin intervención de Zeus, molesta por las continuas infidelidades de este.

Efectivamente, pese a los celos de Hera, Zeus mantuvo numerosas relaciones extramaritales, empleando todo tipo de argucias para cohabitar con diosas o mortales, siendo muy frecuentes las metamorfosis del dios. Por ejemplo, tomando la apariencia de un cisne y fingiendo ser atacado por un águila, busco refugio en el regazo de Leda, esposa de Tindáreo, rey de Lacedemonia, cuando esta se bañaba desnuda en un riachuelo cercano a su palacio. Leda protegió al animal con su cuerpo, momento en que Zeus aprovechó para poseerla. En una escultura romana réplica de un original griego atribuido a Timoteo (h. 370 a.C) [E-9], vemos a Leda extendiendo su manto para proteger al cisne que se ha acurrucado en su regazo, del mismo modo en que aparece en la versión del tema pintada por Eugenio Cajés siguiendo un modelo de Correggio, *La fábula de Leda* [P-120]. De



Pedro Pablo Rubens
El rapto de Europa



Pedro Pablo Rubens
y Jacob Jordaens,
Perseo liberando a Andrómeda

la unión de Zeus y Leda nacerán dos hijos, Helena y Pólux, pero Leda y su esposo habían engendrado ese mismo día a otros dos vástagos: Clitemnestra y Cástor. Las dos parejas de hermanos intervendrán en algunos de los mitos más conocidos de la Grecia clásica. Así, Clitemnestra matará a su esposo Agamenón, rey de Micenas, y será asesinada a su vez por su propio hijo Orestes, que por ello será perseguido por las Erinias. Orestes es uno de los integrantes del denominado “Grupo de San Ildefonso”, que representa una *Ofrenda de Orestes y Píladés* [E-28]. Helena, por su parte, será la causante de la Guerra de Troya, mientras que Cástor y Pólux, pese a ser hijos de distinto padre, serán comúnmente conocidos como los “hijos de Zeus”, los “dioscuros”.

Metamorfoseado en un gran toro blanco, Zeus raptó a Europa, hija de los reyes de Fenicia, cuando la hermosa joven se encontraba en la orilla del mar junto a sus amigas, episodio que Tiziano pintó para Felipe II y fue copiado por Rubens en 1628-29.

Además de ese lienzo –*El rapto de Europa* [P-1693]–, Rubens también representó el mismo tema en un boceto [P-2457] con destino a la Torre de la Parada –un pabellón de caza en los montes de El Pardo–, que sería trasladado a lienzo por su discípulo Erasmus Quellinus [P-1628]. De esa unión nacieron tres hijos: Sarpedón, que será rey de Licia, Minos, el famoso rey de Creta, y Radamanto, también rey de Creta y juez, junto a Minos, en el tribunal que juzga las almas de los muertos.

Bajo la apariencia de un sátiro sedujo a la bella Antíope, como representó Jean Baptiste Marie Pierre en *Júpiter y Antíope* [P-3218], una obra cargada de sensualidad y erotismo. Pero Zeus también adquirió la forma de fenómenos atmosféricos para lograr sus objetivos, y se transfiguró en nube gris para tomar a la joven doncella Ío, a la que tuvo que transformar en ternera para tratar de engañar a su esposa Hera. Convertido en lluvia dorada consiguió poseer a Dánae, a quien su padre Acrisio, rey de Argos, había encerrado en una torre para evitar que tuviera descendencia y se cumpliera así el oráculo que le había anunciado la muerte a manos de su nieto, momento representado por Tiziano en *Dánae recibiendo la lluvia de oro* [P-425], una de las “poesías” que el veneciano pintó para Felipe II. El fruto de esa unión fue Perseo, semidios cuya hazaña más destacada fue cortar la cabeza a la Gorgona Medusa [P-194], para lo que contó con la ayuda de sus hermanos Atenea y Hermes, que le entregaron un escudo bruñido como un espejo y una cimitarra, respectivamente, y también con unas sandalias aladas y el casco de Hades que proporcionaba la invisibilidad que le entregaron unas ninfas. Otro episodio heroico protagonizado por Perseo es la liberación de Andrómeda, su futura esposa. La joven era la víctima exigida por Poseidón para castigar la soberbia de su madre Casiopea, pero Perseo mató al terrible monstruo marino que iba a devorarla y la liberó de la roca a la que estaba encadenada, como se ve en *Perseo liberando a Andrómeda* [P-1663], lienzo iniciado por Rubens y finalizado a su muerte por su discípulo Jacob Jordaens.

Volviendo al tema de los amoríos de Zeus, el dios no dudó en adoptar la apariencia de sus propios hijos para lograr sus conquistas, como ocurrió con la ninfa Calisto, a la que sedujo haciéndole creer que era su hija Artemisa, de cuyo cortejo formaba parte la joven, episodio representado por Jean Baptiste Marie

Pierre en *Diana y Calisto* [P-3217]. En el caso de Alcmena, Zeus tomó la apariencia de su esposo Anfitrión para yacer con ella, y de esa relación nació Heracles-Hércules, del que hablaremos más adelante.

Otras relaciones de Zeus de las que nacieron destacados dioses del Olimpo fueron las que mantuvo con la pléyade Maya, madre de su hijo Hermes, y la que sostuvo con la mortal Sémele, con quien engendró a Dioniso.

En la nómina de amantes de Zeus también se incluyen varios jóvenes de extraordinaria belleza, como el príncipe troyano Ganimedes, que fue raptado por Zeus, metamorfoseado en águila, como ha representado Rubens en *El rapto de Ganimedes* [P-1679]. Llevado al Olimpo, será el copero de los dioses, el encargado de repartirles el néctar y la ambrosía en los banquetes olímpicos. *Ganimedes* [E-35] es una escultura romana que representa el momento anterior al rapto, cuando el joven vivía como pastor en el monte Ida; su brazo derecho, que ahora sostiene una copa, originalmente estaba levantado para ahuyentar al ave que trata de posarse sobre él.



Pedro Pablo Rubens
El nacimiento de la Vía Láctea

Hera

Hera, conocida como **Juno** en Roma, era hija de los titanes Cronos y Rea y hermana mayor de Zeus, con quien contrajo matrimonio y con el que compartió el trono del Olimpo. Es la diosa protectora del matrimonio y la fidelidad, aunque tuvo que sufrir los continuos escarceos amorosos e infidelidades de Zeus.

Es una diosa de carácter, que actúa con gran determinación en muchos mitos clásicos cuando se vulnera su honor o su primacía, descargando su ira y sus deseos de venganza sobre todas aquellas que cohabitaron con su marido, fuesen diosas o mortales –Leto, Io, Leda, Calisto o Alcmena, por ejemplo–, y también sobre los frutos ilegítimos de esas uniones. Especialmente intenso fue su rencor hacia Heracles, hijo de Zeus y Alcmena, al que intentó asesinar en su cuna enviando dos serpientes que fueron asfixiadas por el recién nacido. Más tarde le provocará una enajenación temporal que le hará matar a su propia esposa e hijos. Pero el episodio más destacado de la relación entre ambos tiene que ver con la inmortalidad de Heracles. Este era mortal por ser hijo de una mujer y su padre lo colocó en los brazos de su esposa Hera –que dormía junto a su carro tirado por pavos reales– para que esta le amamantase otorgándole así la inmortalidad. Pero el pequeño Heracles mordió su pecho con tanta fuerza que Hera despertó retirando bruscamente al niño de su seno, y de la leche derramada de su pecho surgiría la Vía Láctea. Este episodio fue representado por Rubens en un lienzo ejecutado para la Torre de la Parada, *El nacimiento de la Vía Láctea* [P-1668]. Al fondo a la izquierda, Zeus, identificado por el águila y los rayos, contempla la escena.

De su matrimonio con Zeus nacieron tres hijos: Hebe –diosa de la juventud–, Ares –el dios de la guerra– e Ilitía, la diosa de los partos. Tuvo un cuarto hijo, Hefesto, que al parecer engendró por sí misma, sin intervención de Zeus, molesta por las continuas infidelidades de este.

Suele aparecer sobre un carro de oro, tirado por pavos reales, su animal emblemático. Acompañada por uno de ellos aparece en *El juicio de Paris* [P-1669], pintado hacia 1638-39 por Rubens. Eris, la diosa de la discordia, no había sido invitada a las bodas de Tetis y Peleo –ver la obra del mismo título de Jacob Jordaens [P-1634]– pero se presentó en el banquete y dejó caer una manzana con la inscripción “para la más bella”. Hera, Atenea y Afrodita (Juno, Minerva y Venus para los romanos, respectivamente) quisieron cogerla, y Zeus delegó la elección en su hijo Hermes, confiando en su astucia. Pero este no quiso tomar parte en el enfrentamiento entre las tres diosas y cedió el papel de juez al joven Paris, hijo de Príamo y Hécuba, reyes de Troya, que vivía como pastor, alejado del mundo y de las pasiones humanas, por lo que se suponía que su juicio sería absolutamente imparcial.

Para tratar de convencerle, Atenea –situada delante de una armadura y una lechuza, símbolos respectivamente de la guerra y la inteligencia– le promete el éxito en la guerra; Afrodita –acompañada de dos amorcillos y representada con el rostro de la segunda mujer del pintor, Helena Fourment– le ofrece por esposa a la mujer más bella; y Hera, identificable por el pavo real, le promete la grandeza y el poder. La elegida será Afrodita, con cuya ayuda Paris raptará a Helena, casada con Menelao, rey de Esparta, provocando con esa acción la guerra de Troya y el odio de las otras diosas, tal y como relata Homero en la *Iliada* (xxiv-xxv).

Rubens es autor también de otra versión de *El juicio de Paris* [P-1731] que forma parte de las colecciones del Prado.



Pedro Pablo Rubens
El rapto de Proserpina

Deméter

Hija de Cronos y Rea, y hermana por tanto de Zeus, Poseidón, Hades y Hera, **Deméter** –**Ceres** en Roma– es la diosa de la tierra y de la fertilidad, por lo que su personalidad se mezcla con frecuencia con Gea y Rea-Cibeles.

Casada con su hermano Zeus –fue su cuarta esposa–, de su unión nacerá su hija **Perséfone**, denominada **Proserpina** en la mitología romana, que fue raptada por su tío Hades, que la llevó al Inframundo, episodio representado por Rubens en un lienzo destinado a la Torre de la Parada, *El rapto de Proserpina* [P-5269].

El dios de los infiernos sube a su sobrina por la fuerza a su carro, mientras Afrodita, Artemisa y Atenea (Venus, Diana y Minerva en Roma, respectivamente) intentan detenerle sin éxito.

A partir de ese momento Deméter iniciará un largo periplo en busca de su hija; desconsolada por su pérdida, se negó a volver al Olimpo, con lo que la tierra se volvió estéril. Aunque Hades rechazaba devolver a Perséfone, alegando que había comido un grano de granada, el fruto de los muertos, Zeus consiguió un acuerdo entre las dos partes: Perséfone permanecerá en su funesta morada seis meses al año –según algunas fuentes serán sólo tres meses– y el resto estará en la tierra junto a su madre. Así surgen los ciclos estacionales en la naturaleza, identificando el otoño y el frío y estéril invierno con el período que Perséfone vive en las profundidades de la tierra, mientras que la primavera y el verano, con el nacimiento de las flores y la recolección de frutos, corresponden al tiempo que la joven habita en la tierra.

Como diosa de la tierra, su principal atributo es el cuerno de la abundancia, cargado de frutas, y así la encontramos representada, por ejemplo, en la *Ofrenda a Ceres* [P-1547] de Jacob Jordaens, donde recibe el homenaje de un grupo de campesinos que le entregan en ofrenda los productos que les otorga la tierra que cultivan. También con el cuerno símbolo de la abundancia y la fertilidad que la caracterizan fue pintada por Rubens y Snyders en *Ninfas con el cuerno de la abundancia* [P-1664] y en *Ceres y Pan* [P-1672].

También puede ser representada llevando unas espigas –con el mismo sentido de fertilidad y abundancia–, como debía aparecer la escultura colosal de la diosa –*Deméter* [E-2]– que se expone junto a la puerta de Velázquez del Museo, una copia romana de principios del siglo III d.C. de un original griego de la segunda mitad del siglo V a.C. En una restauración del siglo XVII se le repusieron la cabeza y los brazos, dándoles una posición correcta pero sin añadir los atributos perdidos: un largo cetro en la mano izquierda y unas espigas en la derecha.



Neptuno

Poseidón

Poseidón, al que los romanos llamaron **Neptuno**, era hijo de Cronos y Rea, hermano por tanto de Zeus y Hades. Tras derrotar a los Titanes encabezados por su padre, los tres hermanos se repartieron el mundo. A Zeus le correspondieron los cielos y la tierra, a Hades el mundo subterráneo, y a Poseidón los mares. Es por ello el dios de las aguas y los mares, y bajo su protección se encuentra todo lo que tiene que ver con el mar y con la vida del hombre en relación con el agua. Vive en un palacio hecho de oro situado en las profundidades marinas y se desplaza en un carro de oro tirado por caballos de mar. Sus principales atributos son un delfín, como símbolo de los animales marinos, y un tridente, una especie de arpón de tres puntas. Acompañado por esos elementos lo encontramos en una estatua colosal del siglo II d.C. situada junto a la puerta de Velázquez del Museo [E-3].

También suele aparecer asociado al caballo, ya que al parecer ese animal fue el don que el dios concedió a los habitantes de Atenas durante la disputa que mantuvo con su sobrina Atenea por el dominio del Ática. Según otras fuentes el regalo de Neptuno a los atenienses fue un manantial. En cualquier caso, el jurado dictaminó que el regalo de Atenea, un olivo, era mucho más beneficioso para la población de Atenas. Irritado por la decisión de los jueces, Poseidón inundó parte del Ática.

Con la ayuda de Apolo y un mortal llamado Éaco construyó las sólidas murallas de Troya, aunque posteriormente combatirá del lado griego en la Guerra de Troya. Pero perseguirá a Ulises, uno de los grandes héroes del bando griego, por haber matado a uno de sus hijos, el cíclope Polifemo.

Casado con la nereida Anfítrite, tuvieron un hijo llamado Tritón. En su lienzo *Neptuno y Anfítrite* [P-1523] Frans Franken II representó a la pareja sentada en su carro triunfal, que avanza sobre las aguas tirado por caballos, rodeados de todo tipo de criaturas marinas.

Tuvo numerosas amantes extramatrimoniales y se le atribuye la paternidad de destacados personajes míticos, como por ejemplo Teseo, Orión, Anteo, Caribdis, Pelías o Polifemo. Tuvo relaciones también con la gorgona Medusa en el templo dedicado a Atenea y de esa unión nació el caballo Pegaso. Asimismo, persiguió a su hermana Deméter cuando esta vagaba buscando a su hija Perséfone. La diosa se transformó en yegua para tratar de escapar de su hermano, pero este, a su vez, tomó la apariencia de un caballo y se unió a ella; de esa relación nació el caballo Arión, uno de los primeros équidos míticos, y una niña cuyo nombre estaba prohibido pronunciar.



Joachim Patinir
El paso de la laguna Estigia

Hades

En el reparto del mundo que hizo con sus hermanos Zeus y Poseidón, a **Hades** le correspondió el dominio sobre las profundidades de la tierra, lo que le convierte en el señor de los muertos pero también en el propietario de todas las riquezas subterráneas. De ahí que en Roma sea conocido como **Plutón**, “el rico”.

Por su carácter despiadado, inflexible y cruel, es el más odioso de los dioses para los mortales. Su principal atributo será un casco mágico –regalo de los Cíclopes– que procuraba la invisibilidad. Por ese motivo, y también por la naturaleza de su reino, Hades será llamado *el invisible*. Gracias a ese casco Perseo conseguirá derrotar a la gorgona Medusa.

Secuestró a su sobrina Perséfone, hija de su hermano Zeus y de su hermana Deméter, y se la llevó a sus dominios subterráneos, escena representada por Rubens en un lienzo destinado a la Torre de la Parada [P-5269]. Ante las súplicas de Deméter y por intercesión de Zeus, Hades acepta que su esposa comparta su trono infernal con él tan sólo una parte del año, viviendo el resto en la superficie.

Las fronteras del reino de Hades, que recibe el mismo nombre, están delimitadas por cinco ríos y una laguna, la laguna Estigia, que los muertos deben cruzar en una barca conducida por el banquero Caronte, al que pagan una moneda (por eso a los muertos se les enterraba con una moneda en la boca, bajo la lengua, o sobre los ojos).

El paso de la laguna Estigia [P-1616], pintado hacia 1520-24 por Joachim Patinir, muestra a Caronte llevando a un alma en su barca justo en el lugar en el que la laguna se bifurca en dos ríos o posibles destinos. A la izquierda, los Campos Elíseos, donde descansan las almas de los bienaventurados y que se asimila al Paraíso cristiano. A la derecha el camino que conduce al Tártaro, el lugar al que van a parar los condenados, identificado en el Cristianismo con el Infierno. Allí cumplen sus condenas, entre otros, Prometeo y las llamadas Furias, Ticio, Ixión, Sísifo y Tántalo. El lugar está custodiado por Cerbero, un perro monstruoso que tenía tres cabezas, cola de dragón y el lomo cubierto por múltiples cabezas de serpiente. Este ser fantástico fue dominado y apresado por Heracles-Hércules en uno de sus famosos trabajos.

Es relativamente fácil entrar en los dominios de Hades, pero muy difícil salir. Por ejemplo, Teseo y Pirítoos intentaron raptar a Perséfone pero fueron capturados por Hades y encadenados en la puerta del infierno, hasta que Heracles consiguió liberar



Pedro Pablo Rubens
Orfeo y Eurídice

al primero de ellos. También Orfeo bajó al Hades en busca de su amada Eurídice y consiguió salir de allí, aunque la historia tuvo un trágico final. Orfeo era un hábil cantor, hijo –según algunos relatos– de Apolo y de una de las Musas, que con su canto fascinaba a los hombres y conmovía a los dioses, y también amansaba a los animales, como se representa en *Orfeo y los animales* [P-1844], de Frans Snyders. Casado con Eurídice, la joven fue mordida por una serpiente, episodio recogido por Erasmus Quellinus –*La muerte de Eurídice* [P-1630]– y representado también por Sabino Medina en una bella escultura de mármol, *La ninfa Eurídice mordida por la víbora* [E-813]. Orfeo decidió bajar al Hades a recuperar a su amada y con su canto logró dormir a Cerbero y conmovió a Perséfone, que le permitió salir y llevarse a su esposa, momento que Rubens recoge en *Orfeo y Eurídice* [P-1667]. La diosa le impuso una única condición: caminar hacia delante y no volver sus ojos hacia Eurídice hasta no haber salido completamente del Hades. Pero su deseo le hizo volverse hacia su esposa, que se desvaneció y murió por segunda vez.

Entre las escasas relaciones extramaritales de Hades cabe reseñar la que tuvo con la ninfa Mente, que tras yacer con el dios fue pisoteada hasta morir por Perséfone, siendo metamorfoseada en la planta de la menta.

Hestia

Hestia –**Vesta** para los romanos–, es la hija primogénita de Cronos y Rea. Pese a ser cortejada por Apolo y Poseidón, obtuvo de su hermano Zeus la gracia de guardar eternamente su virginidad. También le concedió un honor especial: ser objeto de culto en todas las casas de los hombres y en los templos de cualquier dios. Es la diosa del hogar, de la vida doméstica y de la fidelidad, pero apenas tiene protagonismo en las leyendas mitológicas y no se le conocen episodios destacados. Su culto era atendido por sacerdotisas vírgenes conocidas como vestales, encargadas de mantener en su honor un fuego permanentemente encendido.

Afrodita

Afrodita, conocida como **Venus** en la mitología romana, es la diosa del amor y forma parte del grupo de los llamados “dioses olímpicos”, aquellos que los griegos consideraban más importantes. Según Hesíodo, nació de la espuma del mar a raíz de la castración de Urano por su hijo Cronos, que arrojó sus genitales al mar. Por ese motivo, a menudo es representada saliendo de las aguas, como puede verse en los lienzos *El nacimiento de Venus* [P-1862], de Cornelis de Vos, o *Nacimiento de Venus* [P-7974], de Antonio María Esquivel. En este caso aparece sobre una concha, que será su principal atributo. Idéntica actitud púdica presenta la *Venus* [E-171] de Bartolomeo Ammannati, aunque en este caso es resultado de una restauración o alteración posterior, o la denominada *Venus del delfín* [E-31], animal que habitualmente formaba parte de su cortejo.



Antonio María Esquivel
Nacimiento de Venus



Paolo Veronés
Venus y Adonis

Dotada de una gran hermosura física, fue elegida como “la más bella” en el juicio de París, episodio magníficamente representado por Rubens en el cuadro del mismo título [P-1669]. Sin embargo, fue desposada con Hefesto, el más feo de los dioses. Según algunas versiones, el dios del fuego exigió ese enlace como condición para liberar a su madre Hera del trono trampa que le había regalado, aunque otra versión, más difundida, explica que Zeus alentó ese matrimonio para tratar de evitar las disputas y enfrentamientos que la belleza de la diosa podía causar entre los otros dioses.

En cualquier caso, Venus mantuvo numerosas relaciones fuera de ese matrimonio, del que no tuvo hijos. De su unión con Hermes nació *Hermafrodito* [E-223], pero su principal amante fue el dios de la guerra, Ares-Marte, con quien concebirá a Fobos (el temor), Dimo (el terror) y Harmonía, la esposa de Cadmo. En cierta ocasión los amantes fueron sorprendidos por Hefesto-Vulcano, que hizo una red metálica para capturarlos y exponerlos públicamente.

Afrodita también es la madre de Eros-Cupido, fruto de sus relaciones con Zeus, Ares o Urano, según diversas fuentes. Madre e hijo protagonizarán conjuntamente diversos mitos y son numerosas las representaciones en las que aparecen juntos, como la escultura realizada a comienzos del siglo XIX por José Ginés, *Venus y Cupido* [E-572]. También aparecen juntos en tres cuadros que recogen la relación de Afrodita con Adonis, pintados por Tiziano [P-422], Veronés [P-482] y Carracci [P-2631].

Según diversos relatos, Adonis –que será reconocido como prototipo de la belleza y perfección masculinas– nació de la corteza del árbol de la mirra en el que había sido convertida su madre después de engendrarlo. Afrodita lo recogió y encomendó su cuidado a Perséfone. Convertido ya en adolescente de gran belleza, las dos diosas se lo disputaron y Zeus decidió que Adonis debía estar un tercio del año con Afrodita, otro con Perséfone y el tercero donde él quisiera; el joven escogió pasar ese tiempo también con Afrodita.

Afrodita se enamoró del mortal Adonis al pincharse accidentalmente con una de las flechas de Eros-Cupido, y vivía junto a él en el bosque, ya que Adonis era un gran cazador. Un día sus perros percibieron la presencia de un jabalí y, aunque la diosa trató de retenerle a su lado, el joven marchó en busca de la codiciada presa, encontrando la muerte. De la sangre que salió de sus heridas nacieron las anémonas, bellas flores primaverales, y Venus, que acudía en su ayuda, se clavó en el pie la espina de una rosa, y su sangre tiñó las rosas que hasta ese momento habían sido solamente blancas.

Como diosa del amor, el deseo y el placer, ayudó a Hipómenes a casarse con Atalanta, experta cazadora que tuvo una destacada participación en una cacería organizada por Meleagro, episodio representado por Rubens –*Meleagro y Atalanta cazando el jabalí de Calidón* [P-1622]–, Jordaens –*Meleagro y Atalanta* [P-1546]– y por Poussin, *La caza de Atalanta y Meleagro* [P-2320]. Obligada a casarse por su padre, Atalanta puso como condición que lo haría con aquel que fuera capaz de ganarla en una carrera y que los vencidos serían ejecutados. Hipómenes decidió intentarlo y durante la carrera fue dejando caer tres manzanas de oro que le había dado Afrodita; Atalanta no pudo evitar parar a recoger los



Guido Reni
Hípodamo y Atalanta



preciados trofeos y así fue superada por Hipómenes, tal y como recoge Guido Reni en su lienzo [Hípodamo y Atalanta](#) [P-3090].

La pareja se casó y vivió feliz hasta que un día, estando en un templo dedicado a Cibeles, no pudieron sofocar su pasión, yaciendo en ese lugar sagrado. Como castigo, la diosa los metamorfoseó en leones y los unció a su carro para que tirasen de él. Así podemos verlos en la famosa *Fuente de Cibeles*, encargada por Carlos III para embellecer el paseo del Prado.

Afrodita suele estar acompañada por las tres Gracias, hijas de Zeus y de la oceánide Eurínome. Llamadas Aglaya, “la resplandeciente”, Eufrosine, “la gozosa” y Talia, “la floreciente”, representan la belleza, la alegría y la armonía, por lo que se las suele representar bailando –como hace Rubens en [Las tres Gracias](#) [P-1670]– o acompañadas de instrumentos musicales, como puede verse en [La Armonía, o las tres Gracias](#) [P-2219] de Hans Baldung Grien.

En [Venus recreándose en la música](#) [P-420] Tiziano ha representado a la diosa del amor escuchando la música que toca un organista, acompañada por un perro y recostada sobre un lecho delante de una ventana a través de la cual se pueden ver los jardines de una villa. [Venus recreándose con el amor y la música](#) [P-421] es una composición muy semejante en la que la principal diferencia radica en la sustitución del perro al que acariciaba Venus en la primera versión por la figura de Eros-Cupido, al que mira la diosa. Tiziano pintó otras tres composiciones similares, en dos de las cuales sustituyó al organista por un tañedor de laúd. Al parecer se trata de alegorías neoplatónicas de los sentidos, entendiendo la vista y el oído como instrumentos de conocimiento de la belleza y la armonía, aunque también han sido interpretadas como simples escenas eróticas.

Atenea

Atenea –Minerva para los romanos– fue hija de Zeus y de su primera esposa, la oceánide Metis. Cuando esta se encontraba embarazada, Zeus la devoró para conjurar un oráculo de Gea y Urano advirtiéndole que el segundo hijo de esa relación le destronaría. Pero la gestación continuó dentro del dios, que llegado el momento del parto empezó a sufrir fuertes dolores de cabeza. Hefesto se la abrió con un hacha y de allí salió Atenea, ya de edad adulta y armada de pies a cabeza.

La joven se educó junto a Palas, hija de Tritón, a la que mató accidentalmente cuando simulaban un combate. Como homenaje a su amiga, incorporó su nombre al suyo, pasando a llamarse Palas Atenea.

La diosa se mantuvo virgen y no se le conoce ninguna relación con hombres o dioses; del mismo modo no existen referencias sensuales en sus mitos ni en sus representaciones, que son siempre de una belleza serena. Bajo el apelativo *Parthenos*, “la virgen”, el famoso escultor Fidias hizo una escultura criselefantina –de oro y marfil– para el Partenón de la Acrópolis ateniense, del cual el Museo del Prado conserva una interesante copia romana del siglo II d.C. [E-47].

Interpretación libre de otra obra de Fidias es una escultura de [Atenea Prómacos](#) [E-24], realizada también en el siglo II d.C.



Atenea Parthenos



La diosa viste en esta ocasión la égida, una coraza hecha con la piel de la cabra Amaltea, nodriza de Zeus en Creta. El padre de los dioses se protegió con ella en su lucha contra los Titanes y también lo usa su hija Atenea cuando participa en alguna lucha o enfrentamiento. No es, sin embargo, una diosa guerrera y violenta, y siempre se posiciona del lado de la razón y la virtud, como protectora de la civilización y del orden. Es por ello la protectora del Estado, de las ciudades y del Logos.

En disputa con su tío Poseidón, logró el patrocinio o dominio del Ática al ofrecer a sus habitantes un olivo, que un jurado consideró más beneficioso para los atenienses que el caballo ofrecido por su tío. En relación con este episodio, se le considera protectora de la agricultura e inventora también del arado y el rastrillo, así como de la brida para dominar a los caballos, del telar y de la flauta doble. Al parecer la diosa, al reflejarse en las aguas de un río mientras tocaba la flauta, vio que se le deformaba el rostro al soplarla y la tiró, siendo recogida por el fauno Marsias. Ese episodio fue representado por Mirón en un famoso conjunto escultórico instalado entre los Propíleos y el Partenón. El Prado conserva una figura de *Atenea* [E-82] que formaba parte de una copia romana de principios del siglo I d.C. del original griego, pero no se conserva la figura de Marsias que completaba la composición.

Su sabiduría abarcaba los diversos saberes técnicos y artesanales, que transmitió a los hombres: ayudó a los argonautas a construir su nave, instruyó a Dédalo, el constructor del laberinto de Creta, y enseñó a los hombres la fabricación de la cerámica.

Según algunos textos romanos, Atenea tuvo una activa participación en la creación del primer hombre, insuflando vida e inteligencia a la figura de barro modelada por Prometeo, como se representa en el relieve *Prometeo y Atenea crean al primer hombre* [E-140], que es un fragmento de un sarcófago romano de finales del siglo II d.C. Prometeo era hijo del titán Jápeto, y primo por tanto de Zeus, con el que se enfrentó al robar el fuego –que consiguió del carro de Helios– y entregárselo a los hombres para mejorar sus condiciones de vida. Como castigo fue encadenado a una roca, donde un águila le devoraba el hígado, que se regeneraba constantemente, sufriendo una y otra vez el mismo suplicio, hasta que fue liberado por Heracles-Hércules, que mató al águila. Con destino a la Torre de la Parada, Rubens pintó un boceto de *Prometeo robando el fuego* [P-2042], que fue llevado al lienzo definitivo por su ayudante Jan Cossier [P-1464].

Volviendo a Atenea y su condición virginal, Hefesto quiso atentarse contra ella, pero la diosa lo rechazó y arrojó a tierra los restos que su furor había dejado sobre ella. De ahí nació Erictonio, al que Atenea crió como hijo propio y que fue uno de los reyes míticos de Atenas.

Su animal emblemático es la lechuza, cuya mirada fría y serena se compara con la de la diosa. Junto a ella aparece en *El juicio de Paris* [P-1669], pintado hacia 1638-39 por Rubens, que recoge la disputa entre Atenea, Hera y Venus –que resultó ganadora– por ver quién era la más bella entre las diosas, decisión que recayó en el pastor Paris y que trajo como consecuencia el rapto de Helena y la Guerra de Troya.

Otro de los episodios destacados de la actividad de Atenea es el que recoge su enfrentamiento con la mortal Aracne, relatado por Ovidio en sus *Metamorfosis* (VI) y representado hacia 1657



Diego Velázquez
La fábula de Aracne, o Las Hilanderas



José Álvarez Cubero
Diana cazadora

por Velázquez en *La fábula de Aracne, o Las Hilanderas* [P-1173]. Aracne era una joven lidia (Asia Menor) con gran habilidad en el arte de tejer, que retó a Atenea, inventora del telar y diosa de las artes mecánicas y manuales, a superarla en habilidad. Atenea se presentó disfrazada de vieja para intentar disuadir a Aracne de su propósito, pero esta insistió en su superioridad.

Planteado el reto, Aracne representó en su tapiz el rapto de Europa, una de las aventuras extramaritales de Zeus, padre de la diosa, que se enfureció, golpeó a su contrincante y la transformó en araña. Velázquez ha representado en primer plano a las dos mujeres, Atenea hilando en la rueda y Aracne devanando una madeja; en un segundo plano a Atenea, vestida con armadura, castigando a Aracne; y al fondo, colgado de la pared, el tapiz con la escena de *El rapto de Europa*, para el que se inspiró en la pintura que Tiziano hizo para Felipe II y que fue copiada en 1628-29 por Rubens [P-1693].

Artemisa

Artemisa era hija de Zeus y de su prima Leto, hermana por tanto de Apolo. Según algunos relatos eran gemelos, aunque otras fuentes señalan que Artemisa nació antes e incluso ayudó a su madre en el alumbramiento de su hermano. Su nacimiento tuvo lugar en la isla de Delos y ambos comparten rasgos –son los dos arqueros del Olimpo–, episodios míticos y culto; así, los dos hermanos mataron a los doce hijos de Níobe, que había insultado a su madre, abatieron a Ticio cuando este intentó violentar a Leto, o defendieron el trono de Zeus luchando contra los Gigantes.

Al igual que Atenea y Hestia, Artemisa –**Diana** en Roma– decidió mantenerse virgen y no entregarse a ningún hombre ni dios. Rodeada de ninfas, vivirá retirada en los bosques dedicada a la caza, que practica armada con su arco –hecho en plata por Hefesto, igual que el carcaj–, una jabalina y los perros que le regaló Pan.

Así la vemos, por ejemplo, en una escultura realizada por José Álvarez Cubero, *Diana cazadora* [E-803], disponiéndose a sacar una flecha de su carcaj. Va acompañada por un perro, cuyo número aumenta en los lienzos pintados por Rubens, *Diana cazadora* [P-1727] y *Diana y sus ninfas cazando* [P-7765], donde aparece armada con una larga jabalina y acompañada por su cortejo de ninfas. También utilizará esa lanza o jabalina para defenderse en *Diana y sus ninfas sorprendidas por sátiros* [P-1665], también de Rubens.

En cierta ocasión, cuando se bañaba desnuda en compañía de sus ninfas, fue descubierta por Acteón, joven cazador descendiente de Apolo, Ares y Afrodita, al que convirtió en ciervo, lo que provocó que fuese abatido por sus compañeros de batida; así castigó la diosa esa accidental violación de su intimidad. Este episodio ha sido representado, entre otros, por Denis van Aasloot –*Paisaje con Diana y Acteón* [P-1356] y Cornelis van Poelenburch– *El baño de Diana* [P-2129].

Otro episodio destacado de la vida de Artemisa-Diana también tiene que ver con las ninfas que la acompañan, concretamente con una de ellas, Calisto. La joven quedó embarazada tras ser seducida por Zeus, que tomó la apariencia de Artemisa para engañarla, tal y como representó Jean Baptiste Marie Pierre en *Diana y Calisto* [P-3217].



Jean Baptiste Marie Pierre
Diana y Calisto



Cornelis de Vos
Apolo persiguiendo a Dafne

La joven trató de ocultar su embarazo, pero fue descubierta cuando se negó a desnudarse para el baño con el resto de sus compañeras, instante escogido por Rubens para su lienzo *Diana y Calisto* [P-1671]. Como castigo, Artemisa la mató de un flechazo y Zeus, compadecido, la transformó en la constelación de la Osa Mayor.

Artemisa también es identificada con la Luna, Selene, por correspondencia con su hermano Apolo, identificado con el Sol, Febo. Así, tocada con una media luna, la representó Louis Michel van Loo en *Diana en un paisaje* [P-7810], una obra cargada de cierto erotismo característico del arte francés del siglo XVIII.

Protectora de los animales y la naturaleza, y también de las recién nacidas, su templo de Éfeso fue una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Apolo

Apolo es hijo de Zeus y de su prima Leto, padres también de Artemisa. Ambos nacieron en la isla de Delos, consagrada a Apolo y donde se encuentra uno de sus santuarios más importantes.

Criado y educado en el país de los Hiperbóreos, se trasladó posteriormente a Delfos, al pie del Parnaso, donde acabó con la serpiente Pitón, que atemorizaba a los habitantes del lugar, escena representada por Rubens en un boceto con destino a la Torre de la Parada –*Apolo y la serpiente Pitón* [P-2040]– llevado a lienzo por Cornelis de Vos [P-1861]. En recuerdo de la hazaña, instituyó unos juegos fúnebres, los “Juegos Píticos”. Con la piel de la serpiente hizo un trípode que colocó en el templo que levantó en ese lugar; allí una sacerdotisa –la “pitonisa”– interpretaba los mensajes del dios a los hombres que acudían a consultar al oráculo.

Su principal atributo es un arco, con el que mató a la serpiente Pitón, luchó en la guerra de Troya y combatió a los Gigantes, pero, sin embargo, no es un dios guerrero y tiene un carácter protector de los rebaños, los animales y los campos, y también benefactor de los hombres y de las familias. En actitud de empuñar un arco y lanzar flechas ha sido representado en una estatua colosal romana, muy alterada en época barroca, que se halla expuesta junto a la puerta de Velázquez, *Apolo* [E-4].

También suele llevar una lira, instrumento musical que le dio su hermano Hermes a cambio de su vara dorada, el caduceo. En Delfos, a los pies del Parnaso, el dios vivía entregado a la música y a las artes en compañía de las Musas, que cantaban y danzaban a su alrededor. Con una cítara –una especie de lira con caja de resonancia– podemos verlo en una estatua romana que recrea un original griego de mediados del siglo II a.C.: el llamado *Apolo citarista* [E-155]. Su belleza y armonía de proporciones es otra de las características del dios.

Como dios de la música, se enfrentó a Marsias, un fauno que había recogido la flauta que despreció Atenea y que alcanzó tal virtuosismo con ese instrumento, que se atrevió a compararse con el propio Apolo, que tocaba la lira. Planteado el reto, el dios fue declarado vencedor, ató a Marsias a un árbol y lo desolló, como recoge una delicada pieza elaborada en la Real Fábrica de Porcelana del Buen Retiro en la segunda mitad del siglo XVIII [O-298]. También se enfrentó musicalmente con Pan, dios de los pastores



Corrado Giaquinto
El nacimiento del Sol y el triunfo de Baco

y los rebaños, mitad hombre-mitad macho cabrío. Este había inventado la llamada flauta de pan, también conocida como siringa o caramillo, hecha con varias cañas de diferente longitud. Apolo fue declarado vencedor, pero Midas, rey de Frigia, defendió la superioridad de Pan, por lo que Apolo hizo que le creciesen unas grandes orejas de asno, como puede verse en el cuadro de Jacob Jordaens *Apolo vencedor de Pan* [P-1551]. En compensación Pan le concederá un don y el avaro Midas pedirá que todo lo que toque se convierta en oro, lo que le acarreará graves problemas.

Herido por las flechas de Eros, sintió una gran pasión por la ninfa Dafne, pero esta le rechazó y huyó a las montañas; cuando Apolo estaba a punto de alcanzarla, ella pidió a los dioses ser metamorfoseada para poder escapar de su perseguidor. Como ha representado Cornelis de Vos [P-1714], en el preciso instante en que Apolo le da alcance ella comienza a convertirse en laurel, árbol cuyas hojas adoptará el dios como símbolo.

También pretendió a Casandra, hija de Príamo y Hécuba, reyes de Troya, pero ante la negativa de esta la desposeyó del don de la persuasión. Por eso, cuando la joven –que tenía también el don de la profecía– trató de advertir a sus vecinos del peligro del caballo de Ulises nadie la escuchó, y de ese modo los griegos pudieron penetrar en Troya y destruirla.

Mantuvo también una relación con Jacinto, joven de gran belleza al que el dios mató accidentalmente al golpearle con un disco con el que ambos jugaban para demostrar su fuerza y habilidad, episodio representado por Rubens en un boceto con destino a la decoración de la Torre de la Parada, *La muerte de Jacinto* [P-2461]. Como homenaje a su amante, Apolo transformó la sangre que brotaba de su herida en una nueva flor, el jacinto.

Entre su descendencia figura Asclepios –Esculapio para los romanos–, el dios de la medicina, que fue criado por el centauro Quirón, y también, según algunas fuentes, Acteón, que sufrirá la crueldad de su tía Artemisa, a la que sorprendió bañándose. En algunos mitos es el padre de Orfeo, que tomará de él la lira.

Asimilado a Helios o Febo, el dios del sol, igual que su hermana Artemisa lo es con Selene, la luna, Apolo recorre cada día la bóveda celeste montado sobre un carro dorado, como representó Corrado Giaquinto en la bóveda del Salón de Columnas del Palacio Real de Madrid, composición cuyo boceto se conserva en el Prado: *El nacimiento del Sol y el triunfo de Baco*. [P-103]. Mientras Apolo guía el carro del Sol en el centro de la composición, su hermano Dioniso, el dios del vino, está siendo coronado por sus seguidores. Ambos dioses encarnan dos caracteres muy diferentes, ya que Apolo es dulce, flexible y razonable, mientras que Dioniso es instintivo, rudo y pasional. Sin embargo, los dos hermanos poseen el don de la inspiración poética.

Como dios del sol, Apolo despertó el amor de *Clitia* [E-22], que todos los días seguía con su mirada el recorrido del dios en su carro desde Oriente hasta Occidente. Pero Apolo no se fijó en ella sino en su hermana y Clitia informó a su padre de esa relación. Como castigo, Apolo la convirtió en girasol, que eternamente sigue los pasos de su amado por el cielo.

También como Helios-Febo, fue Apolo quien descubrió la infidelidad de Afrodita con Ares y se lo contó a Hefesto, episodio representado por Velázquez en *La fragua de Vulcano* [P-1171].



Diego Velázquez
El dios Marte

Ares

El dios de la Guerra, **Ares** –conocido en Roma como **Marte**– era hijo de Zeus y Hera, de quien heredó el carácter iracundo y violento. Encarnaba la violencia y la ferocidad, la guerra y la destrucción, por lo que no fue un dios popular en la Hélade, aunque en Roma tuvo un carácter más heroico.

Ares es tan violento como poco inteligente, poseedor de una fuerza brutal pero carente por completo de toda estrategia. Al parecer, la valentía no figura entre sus atributos, y durante la Gigantomaquia, cuando los dioses estaban a punto de perder el Olimpo, huyó a la tierra y se transformó en pez para ocultarse.

Cruel y vengativo, se le hace responsable de la muerte de Adonis, al que amaba Afrodita, con la que mantuvo una relación adúltera. Sorprendidos por el esposo de esta, Hefesto, los amantes fueron atrapados en una red y expuestos desnudos a la puerta de la casa del matrimonio. Fruto de esa unión nacieron Fobos, el temor, y Dimo, el terror, así como Harmonía, que, casada con Cadmo, será madre de los espartanos, pueblo guerrero por excelencia; para algunos autores, Ares y Afrodita también son padres de Eros-Cupido.

El dios de la guerra tuvo también numerosas relaciones con diversas mujeres y se le atribuye la paternidad, entre otros, de Tereo, Flegias, Alcipe, Meleagro y también las Amazonas, tribu de extraordinarias mujeres guerreras. En Roma, bajo la forma de Marte, se le considera padre de Rómulo y Remo, los fundadores míticos de la ciudad.

En *El dios Marte* [p-1208], Velázquez representó al dios de la guerra sentado, con armadura, escudo y espada en el suelo, a sus pies, bengala en la mano derecha y morrión sobre la cabeza. Cansado y abatido, presenta un aire melancólico, muy alejado de la tradicional imagen victoriosa y triunfante del dios de la guerra, por lo que ha sido interpretado como una posible alegoría de la decadencia política y militar de España y las derrotas de los famosos tercios españoles.

Hefesto

Hefesto –**Vulcano** en Roma– es hijo de Hera, que al parecer lo concibió sola, sin la participación en la concepción de su esposo Zeus, ya que estaba enfadada por las continuas aventuras amorosas de este.

De aspecto poco agraciado, fue repudiado y arrojado del Olimpo, cayendo en la isla de Lemnos, donde fue criado por la nereida Tétis y la oceánide Eurínome. A consecuencia de esa caída, Hefesto quedó cojo. Aprendió el arte de la forja y tuvo como ayudantes en su fragua a los Cíclopes. Según diversos relatos, su fragua se encontraba en algunos de los volcanes más violentos del Mediterráneo; por ello, su nombre romano, Vulcano, dará nombre a estas montañas.

Como dios del fuego y de los metales, fue el forjador de las armas y armaduras de los dioses y de algunos “semidioses”: los rayos de Zeus, el escudo de Atenea, las armas que Aquiles usó



Diego Velázquez
La fragua de Vulcano

en la Guerra de Troya...; también construyó los palacios de los dioses en el Olimpo.

En cierta ocasión Hefesto se sintió atraído por su hermana Atenea y se abalanzó sobre ella. La simiente de Hefesto manchó el muslo de la diosa, que se limpió con un mechón de lana que arrojó al suelo; así nació Erictonio, que llegaría a ser uno de los reyes míticos de Atenas.

Por medio de una argucia, logro casarse con Afrodita, la diosa del amor. Pero esta le fue infiel en repetidas ocasiones. Uno de sus amantes fue Ares, dios de la guerra, el **Marte** de los romanos. Aprovechando que Hefesto estaba forjando las armas de Ares, los amantes tuvieron uno de sus encuentros, pero se quedaron dormidos en la cama y fueron sorprendidos por Helio, el dios sol, posteriormente identificado con Apolo. Fue él quien comunicó a Hefesto la infidelidad de su esposa y este decidió tejer una finísima red metálica, prácticamente invisible, con la que atrapó a los amantes, colgándolos desnudos en la entrada de su casa.

Velázquez, en *La fragua de Vulcano* [p-1171] ha representado el instante en que Apolo llega a la forja donde trabaja Hefesto para comunicarle la infidelidad de Afrodita. El herrero y sus ayudantes los Cíclopes –aquí caracterizados como simples mortales– interrumpen su trabajo para escuchar lo que el dios va a contarles. Sutilmente, Velázquez ha ocultado las piernas de Hefesto-Vulcano, pero la torsión de su tronco y la posición de sus hombros delatan su cojera.

Jacopo Bassano también pintó un lienzo con el mismo título –*La fragua de Vulcano* [p-5263]–, donde la única referencia mitológica es la presencia de un niño con alas, Cupido, y donde el dios de los metales es representado como un simple artesano de edad avanzada.

En *Vulcano forjando los rayos de Júpiter* [p-1676], pintado para la Torre de la Parada, Rubens ha representado al dios de la forja en plena faena, golpeando con un martillo uno de los rayos de Zeus-Júpiter, al rojo vivo, que sujeta con una tenaza. En el suelo se ven las piezas de una armadura y al fondo la figura de un cíclope.

Hermes

Hermes –también conocido como **Mercurio** en la mitología romana– es hijo de Zeus y Maya, la más joven de las Pléyades. El mismo día de su nacimiento robó a su hermano Apolo doce vacas, cien terneras y un toro, e inventó también la lira, utilizando para ello un caparazón de tortuga y, a modo de cuerdas, las tripas de unos bueyes que había sacrificado. Cuando Apolo fue a recuperar su rebaño le oyó tocar la lira y renunció a su ganado a cambio del instrumento, que Hermes le regaló, convirtiéndose desde entonces en uno de los atributos de Apolo como dios de la música.

Poco después Hermés inventó la siringa o flauta de pan, que entregó también a Apolo a cambio del cayado de oro que este solía usar. Al parecer esa vara –el caduceo– tenía la propiedad de reconciliar a los enemigos, y Hermes la usó para separar a dos serpientes que estaban luchando; los dos animales se enrosca-



Diego Velázquez
Mercurio y Argos

ron alrededor de la vara, que adquirió así su apariencia definitiva: dos serpientes entrelazadas alrededor de un eje central.

Convertido en mensajero de los dioses, sus atributos –además del caduceo–, serán unas alas en los tobillos o en las sandalias y el “pétaso”, un sombrero de ala ancha, que también puede llevar unas pequeñas alas. Así lo representó Rubens en un lienzo destinado a la Torre de la Parada [P-1677] o Ramón Barba en una bella escultura en mármol [E-812], en la que también lleva una bolsa, símbolo de las ganancias que proporciona el comercio, ya que Hermes-Mercurio también es el dios del comercio y el protector de los viajeros y de los caminos en general. En su honor se levantaban la “hermas”, pilares de piedra que marcaban los caminos y delimitaban fronteras y que estaban decorados en la parte superior con un busto del dios; con el paso del tiempo su figura fue sustituida por la de otros dioses, pero se mantuvo el nombre de “herma”, derivado de Hermes.

Confiado en su astucia, su padre Zeus le encomendó dirimir quién era “la más bella” de las diosas –Atenea, Hera o Afrodita–, disputa provocada por la Discordia durante el banquete de bodas de Tetis y Peleo. Pero Hermes no quiso asumir esa responsabilidad y delegó la elección en el joven Paris, que escogió a Afrodita, quien previamente le había prometido el amor de Helena, la más bella de los mortales, lo que provocará la Guerra de Troya. En *El juicio de Paris* [P-1669], Rubens presenta a Hermes sosteniendo la manzana de oro con la inscripción “para la más bella” que Paris entregará a la diosa que considere más hermosa. Joven y esbelto, el dios lleva sus atributos habituales: el pétaso alado, el caduceo y las alas en los tobillos.

El episodio más destacado en el que Hermes-Mercurio interviene está relacionado con el pastor Argos y la ninfa Io. El dios Zeus quiso poseer a la bella Io, para lo que adquirió la apariencia de una espesa niebla logrando así su objetivo, pero Hera, la esposa de Zeus, deshizo la niebla y su infiel esposo apenas tuvo tiempo de convertir a Io en una hermosa ternera. Sospechando que algo ocurría, Hera logró que Zeus le regalase el animal, que dejó al cuidado del pastor Argos. Este tenía cien ojos, lo que le permitía estar siempre despierto y atento vigilando sus rebaños. Pero Zeus deseaba volver a estar con Io, por lo que ordenó a Hermes que la recuperase; este logró adormecer a Argos con el sonido de su flauta, dándole muerte con su espada. La leyenda dice que Hera recogió los ojos de su fiel servidor y los colocó sobre la cola de su animal emblemático, el pavo real.

En sendos cuadros de extraordinaria calidad [P-1673 y P-1175] Rubens y Velázquez representaron el preciso instante en que Hermes se dispone a atacar con su espada a Argos, que descansa plácidamente, con la presencia de la ternera Io en un segundo plano. El *Hermes* [E-807] realizado por el taller del escultor danés Bertel Thorwaldsen también presenta al dios empuñando la espada con su mano derecha, preparándose para matar a Argos, mientras sostiene la flauta en la izquierda.

Entre sus principales conquistas figura Herse, con quien engendró a Céfalo. Hija de Cécrope, el fundador de Atenas, Hermes quedó prendado de la joven cuando la vio participando junto a sus hermanas en las fiestas dedicadas a Atenea, las Panateneas. Ese instante, el momento en que Hermes divisa a Herse durante su vuelo, es el escogido por Frans Franken II y Juan



Matteo Bonuccelli
Hermaphrodito



Tiziano
La bacanal de los Andrios



Bautista Martínez del Mazo para sus lienzos del mismo título, *Paisaje con Mercurio y Herse* [P-2733 y P-1217].

De su unión con Afrodita nació Hermafrodito, joven de extraordinaria belleza que despertó una gran pasión en la ninfa Salmacis, que trató de abrazarlo durante su baño, quedando sus cuerpos convertidos en uno solo, con doble naturaleza sexual. El Prado expone un bronce encargado por Velázquez en Italia –*Hermaphrodito* [E-223]–, que copia un original clásico en mármol, y que muestra al joven dormido y totalmente desnudo para poder apreciar su doble condición masculina y femenina.

Dioniso

Dioniso–Baco para los romanos– es hijo de Zeus y la mortal Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas; por lo tanto, tenía una parte humana y no era del todo inmortal, pero poco a poco fue adquiriendo esa inmortalidad, llegando a tener su puesto en el Consejo de los Dioses. Su nacimiento fue bastante especial: Instigada por Hera, Semele pidió a Zeus que se mostrara en todo su esplendor, lo que provocó que la joven, ya embarazada de Dioniso, fuese fulminada por el poder del dios. Zeus encargó a Hermes que sacara el fruto no nacido del vientre de su amante y se lo implantase en un muslo, de donde salió al cumplirse el período de gestación.

Dioniso recorrió todo el mundo conocido, llegando hasta la India, para enseñar a los hombres el cultivo de la vid y cómo obtener vino a partir de las uvas. Montado en un carro tirado por panteras, era acompañado por un amplio cortejo de faunos y sátiros, entre los que destaca Sileno, un sátiro de edad avanzada que, al parecer, había criado y educado a Dioniso y que siempre aparece en estado de embriaguez, a menudo montado sobre un asno porque no puede tenerse en pie, como ha representado Cornelis de Vos en *El triunfo de Baco* [P-1860]. También forman parte de ese cortejo las Ménades o bacantes, mujeres que bailan desenfrenadamente poseídas por el dios y con las que es imposible razonar porque están en una especie de trance místico. El Prado expone cuatro relieves romanos basados en originales griegos que representan *El baile de las ménades* [E-42, E-43, E-45 y E-46].

Su culto se extendió rápidamente y en su honor se celebraban grandes fiestas, denominadas bacanales. Parece ser que el teatro griego tuvo su origen en este tipo de celebraciones, donde se cantaba y bailaba en honor al dios. Entre las obras del Museo que representan estas fiestas podemos destacar la *Escena báquica* [P-2318] y *La bacanal* [P-2312] de Nicolas Poussin, la obra del mismo título de Michel-Ange Houasse [P-2267] y especialmente *La bacanal de los Andrios* [P-418], de Tiziano, que recrea fielmente la celebración de los efectos del vino en la isla de Andros que describe el poeta Filóstrato (siglo III d.C.) en su obra *Imágenes*. La citada isla había sido favorecida por el dios haciendo manar vino de un arroyo, lo que provoca la alegría de sus moradores, que beben, cantan y bailan, en un ambiente de fiesta.

Tradicionalmente se le representa como un joven imberbe, coronado de pámpanos –como vemos en el *Dioniso del “tipo Madrid-Varese”* [E-87]–, parcialmente cubierto con una piel de



Ariadna dormida

pantera –como en *Dioniso como señor del tiaso* [E-105]– y llevando en las manos una copa o el tirso –varita con una piña en la punta que se adornaba con hiedra u hojas de vid y una cinta– que es su principal atributo. Así podemos verlo, por ejemplo, en el *Sacrificio a Baco* [P-259] de Massimo Stanzione y en la *Ofrenda a Baco* [P-2268] de Michel-Ange Houasse.

Dioniso contrajo matrimonio con Ariadna, hija del rey Minos de Creta, que había sido abandonada por Teseo en la isla de Naxos tras ayudarlo a dar muerte al temible Minotauro. Fruto de ese enlace es Enopión, que será rey de Quíos y representa la encarnación del vino. Basándose en un boceto diseñado por Rubens, Erasmus Quellinus representó el momento del primer encuentro de la joven pareja en un lienzo destinado a la Torre de la Parada *Baco y Ariadna* [P-1629]. *Ariadna dormida* [E-167] es, sin lugar a dudas, la imagen más conocida de la joven cretense. Esta copia romana de un original griego del siglo II a.C. muestra a Ariadna durmiendo plácidamente, ignorante de que su amante Teseo la ha abandonado.

Otro aspecto reseñable sobre la figura de Dioniso es que a menudo es presentado en oposición a su hermano Apolo, como encarnación de las dos naturalezas del espíritu: el orden racional representado por Apolo y el desorden irracional e impulsivo encarnado por Dioniso. Así lo encontramos, por ejemplo, en la obra de Corrado Giaquinto *El Nacimiento del Sol y el triunfo de Baco* [P-103].

Dioniso-Baco y sus seguidores son los protagonistas de *El triunfo de Baco, o Los Borrachos* [P-1170], pintado hacia 1628-29 por Diego Velázquez, donde el dios del vino, semidesnudo y coronado de pámpanos, está colocando una corona de hiedra sobre la cabeza de un soldado arrodillado junto a él. Podría interpretarse, entonces, como una exaltación de las bondades del vino y, al mismo tiempo, su capacidad para despertar o desarrollar la inspiración poética.

Además de los dioses que acabamos de ver, los más importantes del Olimpo, los relatos mitológicos nos presentan a numerosos héroes que protagonizan destacados episodios legendarios que han llamado la atención de diversos artistas, algunas de cuyas obras se conservan en el Prado. Hablaremos de algunos de ellos, comenzando por Heracles-Hércules, que era de naturaleza mortal pero alcanzó la inmortalidad y se convirtió en un dios.

Heracles

Heracles –conocido en Roma como **Hércules**– es el héroe clásico por excelencia, que encarna cualidades y virtudes que se consideran míticas y modélicas. Nació de las relaciones de Zeus con Alcmena, esposa de Anfitrión, a la que el dios engañó tomando la apariencia de su esposo, al tiempo que hacía triplicar la duración de la noche –es decir, la oscuridad duró un día completo–, para poder consumir su amor.

Antes de su nacimiento Zeus declaró que ese niño descendiente por vía materna de Perseo reinaría en Micenas, pero la diosa Hera, enojada por las continuas infidelidades de su esposo, consiguió retrasar su nacimiento y adelantar el de Euristeo,



Tomaso Fedele
Hércules niño



Heracles del "tipo Lansdowne"

primo hermano de su madre, que de ese modo se benefició de la promesa de Zeus y se convirtió en rey de Tirinto, Micenas y Midea. Pasado el tiempo, la historia de Heracles y Euristeo volvería a cruzarse, como veremos más adelante.

Heracles –cuyo nombre original fue Alcídeo, en honor a su abuelo Alceo– tuvo un hermano “gemelo”, llamado Íficles, hijo de Alcmena y Anfitrión.

Siendo un recién nacido ya dio muestras de una extraordinaria fuerza al estrangular a las dos serpientes que Hera hizo introducir en su cuna para vengar la traición amorosa de Zeus. Ese episodio fue representado por Tomaso Fedele en un relieve de pórfito titulado *Hércules niño* [E-297]. En ocasiones, su fuerza podía ser brutal y desmedida y en un acceso de furia mató de un golpe al músico Lino, hermano de Orfeo, que fue su primer maestro o educador.

A los dieciocho años realizó su primera hazaña al matar al león de Citerón, que atemorizaba a los habitantes del lugar, y poco después liberó a los Tebanos del tributo que les habían impuesto los Minias. Creonte, rey de Tebas, en agradecimiento, le dio la mano de su hija Mégara, con quien el héroe tendrá varios hijos, sobre cuyo número las fuentes no se ponen de acuerdo. Más adelante, Hera, que persistía en su odio hacia él, le provocó un acceso de locura durante el cual dio muerte a todos sus hijos.

Cuando recobró la cordura, Heracles acudió a Delfos, donde la pitonisa le dijo que debía ponerse al servicio de Euristeo durante doce años y realizar las tareas que este le encomendase para poder limpiar su culpa. A partir de ese momento el héroe cambió su nombre y pasó a llamarse Heracles, que significa *Gloria de Hera*, ya que se suponía que esos trabajos contribuirían a la glorificación de la diosa.

Las tareas que Euristeo le encomendó son los llamados “Doce Trabajos de Hércules”. En principio fueron diez, pero el rey de Micenas y Tirinto no reconoció como válidos dos de ellos y Heracles-Hércules (a partir de ahora nos referiremos a él con este nombre) tuvo que hacer dos más.

Para llevar a cabo sus trabajos Hércules recibió una espada de Hermes, un arco y flechas de Apolo, una coraza dorada de Hefesto, un peplo de Atenea y caballos de Poseidón. A todo eso añadió una maza y la piel del león de Nemea –su primer trabajo–, que era invulnerable y que utilizará como coraza o manto protector, usando su cabeza a modo de casco. Con estos dos últimos atributos podemos verlo representado en dos piezas de la colección de escultura clásica del Museo: *Heracles del “tipo Lansdowne”* [E-108] y *Hércules* [E-101]. En este caso lleva también una de las manzanas que robó en el Jardín de las Hespérides en una de sus últimas tareas.

El primer trabajo consistió en acabar con el **León de Nemea**, que asolaba ese país devorando a sus habitantes y ganados. Vivía en una cueva con dos salidas y Heracles cegó una de ellas para que no pudiera huir. Como su piel le hacía invulnerable a todo tipo de armas, el héroe lo cogió con fuerza entre sus brazos, provocándole la muerte por asfixia. Seguidamente, con una uña que extrajo de sus garras logró desollar al animal, y a partir de ese momento utilizará su piel como protección.

El pintor extremeño Francisco de Zurbarán recibió el encargo de representar los Trabajos de Hércules en una serie de



Francisco de Zurbarán
Lucha de Hércules con la Hidra de Lerna



Francisco de Zurbarán
Hércules desvía el curso del río Alfeo

lienzos destinados a decorar el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, donde también colgarían doce escenas de triunfos militares obtenidos por las tropas españolas durante el reinado de Felipe IV y cinco retratos ecuestres de la Familia Real, además de los escudos de todos los reinos de la Monarquía española, de la que Hércules era considerado el fundador mítico. Son cuadros de formato casi cuadrado que iban a estar colgados a gran altura, por lo que sus figuras son monumentales, recortadas sobre un paisaje o escenario apenas trabajado que sirve de telón de fondo, como podemos ver en la *Lucha de Hércules con el León de Nemea* [P-1243].

El siguiente trabajo del héroe fue acabar con la **Hidra de Lerna**, hija de Equidna y Tifón y hermana por tanto del León de Nemea. Era un monstruo con numerosas cabezas, con la particularidad de que cuando se le cortaba una cabeza en su lugar nacían dos nuevas. Como representó Zurbarán en la *Lucha de Hércules con la Hidra de Lerna* [P-1249], Hércules contó con la ayuda de su sobrino Iolao, que cauterizaba con un tizón encendido cada cuello que Hércules cortaba, impidiendo así que brotase una nueva cabeza. Tras matar al monstruo, Hércules enterró su cabeza y empapó sus flechas en la bilis o la sangre de la hidra, convirtiéndolas en una de las armas más mortíferas de la mitología, ya que causaban la muerte inmediata de los mortales y resultaban incurables para los inmortales. Euristeo se negó a reconocer esta hazaña porque Hércules había contado con ayuda de su sobrino, por lo que más tarde le impuso un nuevo trabajo.

El tercer trabajo impuesto por Euristeo fue que Hércules le llevase vivo al monstruoso **Jabalí de Erimanto**, que el héroe captura haciendo que el animal corra por la nieve hasta quedar agotado. En su interpretación del episodio [P-1244] Zurbarán muestra en primer plano a Hércules golpeando con su maza al animal y cargándolo sobre sus espaldas al fondo.

Tras capturar viva a la **Cierva de Cerinia**, su cuarto trabajo, Hércules tuvo que acabar con las **Aves del lago Estínfalo**, que devoraban los frutos de los campos y destruían las cosechas de los alrededores. Tocando unas castañuelas de bronce consiguió hacerlas salir del bosque donde se refugiaban y matarlas con sus flechas.

Queriendo humillar a Hércules, Euristeo le encargó limpiar los **Establos del rey Augias**, que poseía el mayor rebaño de todo Grecia, de donde nunca se había retirado el estiércol de los animales. Tratando de sacar un beneficio personal de la situación, Hércules pactó con Augias que este le entregaría una décima parte de sus animales si conseguía limpiar los establos en un solo día. Aceptada su propuesta, desvió el curso de los ríos Alfeo y Peneo para que pasasen por el lugar llevándose consigo toda la porquería y suciedad acumulada durante años, como se ve en el cuadro de Zurbarán *Hércules desvía el curso del río Alfeo* [P-1248]. Pero Augias se negó a cumplir lo pactado alegando que Hércules no había hecho el trabajo por propia voluntad sino enviado por Euristeo. La reclamación de Hércules provocará un juicio, una guerra posterior, la muerte de Augias y la fundación de los Juegos Olímpicos. Además, al regresar a Micenas, Hércules no conseguirá que Euristeo acepte esa prueba como válida, alegando que el héroe había intentado obtener un beneficio, por lo que le encomendaría otra nueva prueba.

A continuación Hércules tuvo que capturar vivo al **Toro de Creta**. Minos, rey de Creta, había prometido sacrificar a Poseidón lo que apareciese en la superficie de las aguas y el dios envió a un magnífico toro. Ante su belleza Minos se negó a sacrificarlo, y Poseidón se vengó convirtiéndolo en un animal extraordinariamente furioso y despertando en la reina Pasífae un amor desmedido hacia él, fruto del cual nació el Minotauro, al que Minos encerró en el famoso Laberinto de Creta construido por Dédalo. Hércules capturó al toro [P-1245] y se lo llevó a Euristeo, que se lo ofreció en sacrificio a Hera, pero la diosa lo rechazó.

Euristeo también encargó a Hércules que le llevase las **Yeguas de Diomedes** para consagrarlas a Hera. Esos animales, propiedad de Diomedes, rey de Tracia, se alimentaban con carne humana, especialmente de los extranjeros que visitaban su país. Hércules hizo que los animales saciasen su apetito devorando a Diomedes, su propio dueño, y así pudo capturarlas.

A continuación Hércules tuvo que viajar al país de las amazonas para conseguir el **Cinturón de la reina Hipólita**. Esta accedió a dárselo, pero Hera, disfrazada como una de ellas, provoca una disputa entre las amazonas y los acompañantes del héroe, en el transcurso de la cual Hércules mató a la reina de las amazonas.

El siguiente trabajo impuesto por Euristeo fue la captura de los **Rebaños de Gerión**, en la isla de Eritia, situada en el occidente extremo, ya en el Océano (Atlántico). Esos rebaños de bueyes eran vigilados por Ortro, un perro monstruoso hijo de Tifón y Equidna, padres también del León de Nemea y la Hidra de Lerna. Hércules mató a la fiera y también a Gerión, como representa Zurbarán en *Hércules vence al rey Gerión* [P-1242], donde el monarca, caído en tierra, es identificado por la corona que luce en su cabeza, aunque su aspecto no se corresponde con la descripción que dan las fuentes legendarias: tres cuerpos, con sus correspondientes cabezas, unidos por una sola cintura y dos piernas.

Según algunas fuentes, Hércules persigue a Gerión desde Cádiz hasta La Coruña, donde le derrota, le corta la cabeza, la entierra y construye encima una torre; es la famosa “Torre de Hércules”, símbolo y emblema de dicha ciudad. En su viaje hacia la isla Eritia, Hércules dio su forma actual al estrecho de Gibraltar acercando –o separando según algunos autores– los montes Calpe y Abyla, es decir, el Peñón de Gibraltar y el Monte Hacho, en Ceuta. Serán las famosas “columnas de Hércules” que Carlos V incorporó a su escudo con el lema *Plus Ultra*. Aunque no es específicamente uno de los trabajos de Hércules, fue incluido en la serie destinada al Salón de Reinos [P-1241] por desarrollarse en territorio español y por su relación con la divisa de los Austrias.

Euristeo, que no reconocía como válidas dos de las pruebas superadas por Hércules, le encargó dos nuevos trabajos. El primero de ellos fue llevarle al **Can Cerbero**, guardián de los infiernos. Hermano del León de Nemea, la Hidra de Lerna y Ortro, el guardián de los rebaños de Gerión, era un perro monstruoso que tenía tres cabezas, cola de dragón y el lomo cubierto por múltiples cabezas de serpiente. Hades, dios del mundo subterráneo, dio permiso a Hércules para llevarse a Cerbero, con la condición de que el héroe no usase ninguna de sus armas; así lo hizo, protegido por la impenetrable piel del León de Nemea, sujetando al



Pedro Pablo Rubens
Hércules y el can Cerbero

terrible can por el cuello hasta conseguir dominarlo. La escena ha sido representada por Rubens [P-2043] y por Zurbarán [P-1247], y ambos artistas coinciden al representar a Hércules amenazando con su maza a Cerbero, al que ya ha conseguido encadenar. Se lo llevó a Euristeo, pero este huyó al ver al monstruo y, no sabiendo que hacer con él, se lo devolvió a Hades. En su descenso a los infiernos, Hércules encontró a Teseo y Pirítoos, encarcelados por haber intentado raptar a Perséfone, y consiguió liberar al primero. También se le apareció el fantasma de Meleagro, al que prometió que se casaría con su hermana Deyanira.

El último trabajo impuesto por Euristeo fue llevarle las **Manzanas del Jardín de las Hespérides**, aunque según algunas fuentes ese trabajo fue anterior al de la captura del can Cerbero. Durante su banquete de bodas con Zeus, Hera recibió unas manzanas de oro como regalo de Gea y las plantó en su jardín cerca del Monte Atlas. Allí eran cuidadas por las Hespérides, las tres ninfas del atardecer, y por un monstruoso dragón de cien cabezas, hijo de Tifón y Equidna, padres también de otros seres terroríficos derrotados por Hércules en el transcurso de sus trabajos. En su camino hacia ese lugar Hércules mató al águila que atormentaba a Prometeo devorando periódicamente su hígado, y este le aconsejó que no entrara él mismo al jardín en busca de las manzanas y que encomendase la misión a su hermano Atlas, a quien Zeus había condenado a soportar sobre sus hombros la bóveda celeste como castigo por haber participado en la lucha entre los Gigantes y los Dioses. Atlas aceptó el encargo y Hércules tuvo que sustituirle en su pesado trabajo, y una vez conseguidas las manzanas Atlas dijo que él mismo llevaría las manzanas a Euristeo, con lo que Hércules tendría que seguir sosteniendo la bóveda celeste. Hércules se resignó y pidió un último favor a Atlas, que le sujetara la carga mientras él se colocaba una almohadilla en la cabeza. Cuando el ingenuo gigante aceptó sin recelo, Hércules cogió las manzanas y abandonó precipitadamente el lugar.

Así terminan los trabajos de Hércules, pero el héroe protagoniza también un sinnúmero de aventuras o leyendas. Entre las que se encuentran representadas en las colecciones del Prado, destaca su enfrentamiento con Anteo, incluido también en la decoración del Salón de Reinos [P-1246]. Este gigante era hijo de Poseidón y Gea, y obligaba a combatir con él a todos los viajeros que pasaban por sus dominios norteafricanos. Cada vez que era abatido, su madre Gea, la Tierra, le insuflaba nuevas fuerzas, pero Hércules, con gran astucia, optó por levantarlo del suelo y asfixiarlo entre sus brazos hasta acabar con su vida, tal y como ha sido representado por Zurbarán.

También se atribuye a Hércules el descubrimiento de la púrpura, preciado tinte que se usaba en la confección de vestiduras de sumos sacerdotes, cónsules, reyes, emperadores..., episodio representado por Theodore van Thulden en un lienzo *–El descubrimiento de la púrpura [P-1845]–* que pinta a partir de un boceto de Rubens.

Otro episodio de la leyenda de Hércules hace referencia a los tres años que estuvo al servicio de la reina Ónfala para expiar un asesinato cometido en un acceso de locura. La reina lo compró como esclavo, pero pronto surgió el amor entre ellos y se convirtieron en amantes, pero para pasar desapercibido el héroe debía vestir ropas y adornos femeninos. Así lo vemos



Antonio Demandré
Hércules y Ónfala



en un relieve atribuido a Antonio Demandré, *Hércules y Ónfala* [E-293], donde Hércules sostiene un huso y otros útiles de hilar, mientras que Ónfala lleva los atributos habituales del héroe: la maza y la piel del León de Nemea.

Como había prometido a Meleagro, Hércules contrajo matrimonio con Deyanira; poco después de su boda, Hércules pidió al centauro Neso que ayudase a su mujer a cruzar el río Egeo, pero este trata de violarla al llegar a la otra orilla, por lo que el héroe le dispara sus mortíferas flechas, emponzoñadas con la bilis de la Hidra de Lerna. Como representó Luca Giordano [P-193], antes de morir Neso dijo a Deyanira que guardase su sangre, ya mezclada con el veneno de la Hidra, pues le serviría para retener a Hércules y apartarlo de otras mujeres. Por eso, cuando su marido se enamora de la joven princesa Íole, Deyanira le envía una túnica impregnada con la sangre de Neso y en cuanto se la pone Hércules siente cómo su cuerpo se abrasa por el veneno; al intentar quitársela lo único que consigue es arrancarse la piel, como representa Zurbarán en su lienzo *Muerte de Hércules, abrasado por la túnica del centauro Neso* [P-1250].

Desesperado de dolor, Hércules apila leña para levantar una pira y colocándose sobre ella la enciende con el fuego que sale de su propio cuerpo –o es ayudado por un amigo, según otras fuentes–, como recoge Luca Giordano en un lienzo concebido probablemente para la decoración del Palacio Real de Madrid: *Hércules en la pira* [P-162]. Con ese fuego Hércules se despoja de su parte mortal y alcanza la inmortalidad, ascendiendo al Olimpo de los dioses, como representa Jean Baptiste Borkens en *La Apoteosis de Hércules* [P-1368]. Hércules había cumplido así el presagio de su nombre –*La gloria de Hera*– y gracias a las pruebas que esta le había puesto consigue ocupar un lugar destacado en el Olimpo, casándose con Hebe, la diosa de la juventud, hija de Hera.

Jasón

Jasón, cuyo padre había sido destronado por su propio hermano, es el principal protagonista de la leyenda de los Argonautas. Al alcanzar la mayoría de edad reclamó el trono que por derecho le correspondía, pero el usurpador le encomendó una extraordinaria misión, conseguir el vellocino de oro, la piel de un carnero consagrado a Ares que colgaba de un árbol en un lejano jardín custodiado por un temible dragón. Para ello organizó una expedición a la que se apuntaron unos cincuenta valientes jóvenes entre los que se encontraban, por ejemplo, Orfeo, Castor y Pólux, Teseo y Pírrito, Meleagro y Atalanta. Según algunas fuentes, también Hércules participó en la expedición, que se embarcó en una nave llamada Argo; de ahí que sean conocidos como Argonautas.

Con la ayuda de Medea, la hija del rey Eetes, que era quien había consagrado el carnero a Ares, Jasón consiguió adormecer al dragón y coger el vellocino; en *Jasón con el vellocino de oro* [P-1631], de Erasmus Quellinus, vemos al héroe con el vellocino en la mano pasando junto a un altar dedicado al dios de la guerra, cuya estatua presenta un extraordinario parecido con la figura del propio Jasón.



Erasmus Quellinus
Jasón con el vellocino de oro



También guarda relación con esta historia o leyenda la bóveda del salón de baile del Casón del Buen Retiro, que en estos momentos acoge la sala de lectura de la Biblioteca del Museo. Decorada por Luca Giordano, representa la *Alegoría del Toisón de Oro* [P-7887]. La Orden del Toisón de Oro fue creada en 1429 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, para premiar a los caballeros que servían con eficacia a la Iglesia y a la fe cristiana, y tomó como símbolo un pequeño cordero dorado –el vellocino de oro de Jasón– colgado de una cadena de eslabones de oro y rubíes. Con el paso del tiempo la Orden y su emblema se convirtieron en símbolo de la dinastía de los Habsburgo en un primer momento y de la monarquía española posteriormente. Entre las escenas representadas en la bóveda destaca el momento en que Felipe el Bueno recibe la piel del cordero, pero el encargado de entregársela no es Jasón –como sería lo lógico de acuerdo con el relato mitológico– sino Hércules, que también tomó parte en la expedición según algunos textos, y que es considerado el antecedente de la Monarquía española; de ahí su destacado papel en esta composición.



Pedro Pablo Rubens y Anton van Dyck
Aquiles descubierto por Ulises y Diomedes



Aquiles

Aquiles, uno de los principales protagonistas de la Guerra de Troya, era hijo de Tetis y Peleo, en cuyo banquete de bodas [P-1634] la diosa de la discordia dejó caer una manzana de oro que provocará la rivalidad entre Hera, Atenea y Afrodita, posteriormente resuelta en el *El juicio de Paris* [P-1669], como ya hemos comentado al hablar de su protagonistas.

Al poco de nacer su madre lo sumergió en las aguas de la infernal laguna Estigia haciéndole invulnerable, excepto en el talón por el que lo tenía cogido. Fue educado por el centauro Quirón –como han representado Rubens [P-2454] y Sebastiano Conca [P-2869]– y cuando un oráculo predijo que alcanzaría la gloria en la guerra de Troya pero también encontraría allí la muerte, fue enviado a la corte de Licomedes, rey de Esciro, donde convivió durante nueve años con las hijas del rey, vestido como una doncella. Tiempo después, Ulises y Diomedes acudieron en su búsqueda pues sabían que no obtendrían la victoria en la batalla sin la intervención del héroe. Para descubrir su identidad ofrecieron ricas telas y adornos femeninos a las jóvenes, incluyendo algunas armas entre ellas, y Aquiles no pudo evitar mostrar interés por estas, siendo fácilmente descubierto, episodio objeto de sendos cuadros pintados por Rubens: *Aquiles descubierto por Ulises entre las hijas de Licomedes* [P-2455] y *Aquiles descubierto por Ulises y Diomedes* [P-1661], este último con intervención también de su discípulo Van Dyck.

Como se recoge en el *Sarcófago con la historia de Aquiles y Polixena* [E-118; E-120; E-180 y E-182], durante su participación en la guerra de Troya, Aquiles se enamoró de Polixena, la hija menor de los reyes de Troya, Príamo y Hécuba. Cuando se reunía con la joven, el hermano de esta, Paris –que había sido el responsable de la guerra al raptar a Helena–, le disparó a su único punto débil, el talón, provocando su muerte. Posteriormente Polixena será inmolada sobre la tumba del héroe.

Hasta aquí la relación de los dioses y héroes más importantes y/o conocidos. Pero en las colecciones del Museo del Prado aparecen muchos más personajes mitológicos. Si quieres saber más sobre alguno de ellos, escribe a area.educacion@musedelprado.es y trataremos de ayudarte enviándote la información disponible.

Ahora te proponemos una serie de actividades para realizar con los alumnos en el aula, después de la visita a las salas del Museo del Prado.

Después de la visita



Cornelis de Vos
Apolo y la serpiente Pitón



Apolo Belvedere
Museos Vaticanos, Roma



Antonio María Esquivel
Los poetas contemporáneos

Tras realizar la visita, ya en el aula, el profesor puede trabajar con los alumnos para reforzar los conocimientos adquiridos y también plantearles nuevas actividades o ejercicios relacionados con la mitología. Aquí le proponemos varias ideas.

1. Imitación, copia y emulación

A la hora de enfrentarse con la realización de temas o escenas mitológicas, muchos artistas, especialmente renacentistas y barrocos, recurrieron a la estatuaria clásica como modelo para sus figuras.

Podríamos citar, a modo de ejemplo, *La bacanal de los Andrios* [P-418], de Tiziano, donde la figura de la ninfa dormida del ángulo inferior derecho remite directamente a la *Ariadna* del Vaticano, una estatua clásica que entonces se identificaba como Cleopatra y de la que en el siglo XVII se conocieron otras dos versiones: la de la Villa Medici –que Velázquez reproduce en su *Vista del jardín de la Villa Médicis en Roma con la estatua de Ariadna* [P-1211]–, hoy conservada en Florencia, y la *Ariadna dormida* [E-167] que forma parte de las colecciones del Prado.

El propio Tiziano recurrió a esculturas conservadas en el Museo Arqueológico de Venecia como modelo para algunas figuras de su *Ofrenda a Venus* [P-419]. La estatua de Venus, en concreto, es deudora de la llamada *Venus Celeste*, una versión de la cual perteneció a Giovanni Grimaldi y es probable que estuviera ya en Venecia a principios del siglo XVI. De ella tomó Tiziano la caída de los paños y el modo de recogerlos con una mano bajo la cintura.

Otro ejemplo que podemos traer a colación es el lienzo *Apolo y la serpiente Pitón* concebido por Rubens para la decoración de la Torre de la Parada, una residencia real de caza en los montes de El Pardo.

El Prado conserva el boceto hecho por Rubens [P-2040] y el lienzo definitivo ejecutado por su discípulo Cornelis de Vos [P-1861]. En este caso resulta claro que la fuente de inspiración para el pintor flamenco fue el *Apolo Belvedere*, conservado en los Museos Vaticanos. Se trata de una copia romana en mármol de un original griego en bronce, hoy perdido, hecho hacia el 350-325 a.C. por el escultor griego Leocares.

Cuando Velázquez pintó su lienzo *El dios Marte* [P-1208], para la postura del dios de la guerra tomó como referencia la famosa estatua del *Ares Ludovisi*, una obra clásica hallada en Roma poco antes de 1622, en que pasó a propiedad de la familia Ludovisi. El pintor sevillano había visto la estatua original en su primer viaje a Italia, y en el segundo encargó un vaciado en yeso para Felipe IV, que actualmente se conserva en el Museo Nacional de Reproducciones Artísticas. Si comparamos ambas imágenes, evidentemente no podemos hablar de copia o de recreación, pero sí de evocación, especialmente en la forma de elevar la rodilla izquierda.

Un quinto ejemplo que podríamos traer a colación hace referencia al *Nacimiento de Venus* [P-7974], de Antonio María Esquivel. El pintor concibe su composición con una clara intención erudita, al inspirarse directamente para la figura de la diosa en el modelo de la *Venus púdica* o *Venus "Médicis"* de la estatuaria



Venus del delfin

Titiano
Ofrenda a Venus

clásica. A través de copias y vaciados, esa imagen tuvo una extraordinaria difusión en el siglo XIX en los ambientes académicos de toda Europa como paradigma de perfección y belleza del cuerpo femenino. El propio Esquivel poseía un vaciado de esa estatua en su estudio, como puede verse en su cuadro *Los poetas contemporáneos* [P-4299]. Podemos comparar ambas imágenes con la denominada *Venus del delfín* [E-31], y analizar la actitud de la diosa en cada una de ellas.

A través de los ejemplos que hemos propuesto –u otros que él considere adecuados– el profesor puede trabajar con los alumnos su capacidad de observación o su memoria visual, mostrándoles después de la visita las imágenes clásicas para que comenten dónde han visto algo parecido o qué les recuerda; o los alumnos pueden buscar modelos clásicos en otras obras mitológicas del Prado.

2. Inspiración Literaria

Esta actividad tiene como objetivo que los alumnos analicen o estudien la relación entre texto e imagen, viendo qué textos utilizaron los pintores para concebir o plasmar determinadas historias mitológicas. Las posibilidades son prácticamente infinitas, tantas como obras de carácter mitológico posee el Prado, pero, a modo de ejemplo, nos centraremos en dos obras realizadas por Tiziano y Velázquez.

Cuando Tiziano acometió el encargo de pintar su *Ofrenda a Venus* [P-419] para decorar el “camerino de alabastro” de Alfonso d’Este en Ferrara, recibió instrucciones muy precisas sobre el tema y formato de la obra, así como un dibujo de Fra Bartolomeo, el pintor encargado en un primer momento de hacer esa pintura. La idea del tercer duque de Ferrara, asesorado por el humanista Mario Equicola, era reproducir pinturas célebres de la Antigüedad que habían sido descritas en el siglo III d.C. por Filóstrato el Viejo en su obra *Imágenes*. Era la primera vez que Tiziano se enfrentaba a una “ekphrasis” o recreación de una pintura de la Antigüedad, lo que explica su fidelidad al texto de Filóstrato (I, 6) –que le enviaron desde Ferrara–, que siguió en los más mínimos detalles compositivos y también cromáticos.

Como ejercicio práctico se puede hacer una lectura de ese texto –que se reproduce al final de este dossier como Anexo 1– mientras en la pantalla se proyecta la imagen de la obra de Tiziano, descubriendo la estrecha relación o dependencia existente entre ellas.

También se puede hacer el mismo ejercicio con *La fábula de Aracne, o Las Hilanderas* [P-1173], de Velázquez, que representa el enfrentamiento entre Palas-Atenea y Aracne, que el poeta Ovidio recoge en sus *Metamorfosis* (Libro VI) y que se reproduce en el Anexo 2. En este caso la relación entre texto e imagen no es tan estrecha, pero su lectura indudablemente nos ayuda a entender el cuadro de Velázquez, que ha convertido un episodio mitológico en una escena aparentemente cotidiana, la visita de unas mujeres a una fábrica de tapices, que podemos relacionar con el oficio de Aposentador Mayor del Rey que desempeñaba en estos momentos el pintor sevillano.



Annibale Carracci
Venus, Adonis y Cupido



Veronés
Venus y Adonis



Tiziano
Venus y Adonis

3. ¿Y tú qué pintas?

Resulta sumamente interesante ver cómo un mismo episodio mitológico puede ser interpretado o plasmado de forma diferente por varios artistas. Por determinadas circunstancias -como puede ser su propio estilo o el momento en que desarrollan su actividad- cada uno de ellos nos ofrece una visión muy concreta de ese mito, escoge una manera particular de representarlo, o elige un momento preciso de la historia, deteniendo el tiempo en un instante determinado.

Como ejercicio práctico, proponemos el análisis de la historia de Venus y Adonis a partir de tres cuadros con esa temática que se exponen en el Museo del Prado, auténticas obras maestras de la pintura italiana del siglo XVI. Nos referimos a los lienzos pintados por Tiziano [P-422], Veronés [P-482] y Carracci [P-2631], que realizaron sus obras en 1553-54, hacia 1580 y hacia 1588-90 respectivamente. El primer paso podría consistir en que los alumnos -aunque no conozcan la historia representada- traten de establecer una secuencia temporal, ordenando los cuadros cronológicamente. La solución sería: Carracci, Veronés y Tiziano.

Como ya hemos comentado en el apartado dedicado a AFRODITA-VENUS, en las *Metamorfosis* de Ovidio (*Libro X*) se cuenta que Afrodita se enamoró del mortal Adonis al pincharse accidentalmente con una de las flechas de Eros-Cupido, y vivía junto a él en el bosque, ya que Adonis era un gran cazador. Un día sus perros percibieron la presencia de un jabalí y, aunque la diosa trató de retenerle a su lado, el joven marchó en busca de la codiciada presa, encontrando la muerte. De la sangre que salió de sus heridas nacieron las anémonas, bellas flores primaverales, y Venus, que acudía en su ayuda, se clavó en el pie la espina de una rosa, y su sangre tiñó las rosas que hasta ese momento habían sido solamente blancas.

La secuencia narrativa comienza en el lienzo de Carracci, que describe el inicio de la historia, cuando Adonis llega al claro del bosque en el que Venus está jugando con su hijo, que accidentalmente hiera a su madre en el pecho con una de sus flechas. Carracci presenta al dios del amor señalando con su dedo índice la herida que Venus tiene en el pecho, que provoca que en ella se despierte un amor apasionado hacia el apuesto cazador.

Veronés ha escogido un momento posterior, pero todavía de calma y tranquilidad, cuando nada hace presagiar el triste destino de Adonis. Ovidio contaba que la diosa había colocado su cabeza en el regazo de Adonis, pero el pintor ha optado por invertir los papeles, haciendo que la figura de la diosa cobre un protagonismo mayor. Ahora es el joven cazador quien duerme plácidamente en el regazo de la diosa, que abanica su rostro al tiempo que le acaricia los cabellos. Pero la mirada que Venus dirige hacia Cupido anuncia ya el fatal desenlace. Cupido trata inútilmente de sujetar a uno de los perros de Adonis, que ha oído o percibido la presencia en las inmediaciones de un jabalí y trata de despertar a su amo para salir de cacería. Sorprendentemente, el otro perro parece dormido, ajeno por completo a lo que está ocurriendo.

Por último, el cuadro de Tiziano nos presenta a Venus abrazando a Adonis y tratando de retenerle para que no parta a la

caza del jabalí, presagiando la desgracia que acecha al cazador. Pero sus perros ya se agitan inquietos y Adonis avanza decidido hacia su fatal destino. Este episodio no aparece recogido en las *Metamorfosis* de Ovidio y es posible que Tiziano utilizase como fuente textual la *Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta*, de Diego Hurtado de Mendoza, publicada en Venecia en 1553, el año anterior a la realización de este lienzo, pero escrita unos años atrás. En cualquier caso, Tiziano trata de demostrar su capacidad para transmitir emociones y conmover al espectador, que al igual que Venus sufre por la marcha de Adonis y su próxima muerte, y por los vanos intentos de retenerle. Ese aspecto fue muy comentado por sus contemporáneos, que consideraron el cuadro como una obra muy erótica, sobre todo por la actitud de la diosa, que parece tomar la iniciativa, confundiendo su desesperado intento de retener a Adonis con un abrazo seductor.

El análisis conjunto de estas tres obras puede ayudar al profesor a la hora de plantear un diálogo ente los alumnos sobre diversos aspectos: visiones estereotipadas, papel de la mujer en épocas anteriores, importancia de expresar los sentimientos...



Pedro Pablo Rubens
Mercurio y Argos



Diego Velázquez
Mercurio y Argos

4. Dos miradas diferentes

En línea con la propuesta anterior, planteamos que los alumnos hagan un análisis comparativo de dos obras de Rubens [P-1673] y Velázquez [P-1175] que representan el mismo episodio mitológico y comparten título, *Mercurio y Argos*.

Es una escena vinculada a los amores de Júpiter con la ninfa Io, una de sus múltiples conquistas. Para poseerla, el padre de los dioses adquirió la apariencia de una espesa niebla y logró así su objetivo, pero su esposa Juno, sospechando una nueva infidelidad de su marido, deshizo la niebla y este apenas tuvo tiempo de convertir a Io en una hermosa ternera. Recelosa, Juno pide a su esposo que se la regale, a lo que él no puede negarse, y deja al animal al cuidado del pastor Argos. Este tenía cien ojos, lo que le permitía estar siempre despierto y atento vigilando sus rebaños. Pero Júpiter deseaba volver a estar con Io, por lo que ordenó a Mercurio que la recuperase; este, haciéndose el enconradizo con Argos, logró adormecer al pastor con el sonido de su flauta, dándole muerte con su espada. La leyenda dice que Juno recogió los ojos de su fiel servidor y los colocó sobre la cola de su animal emblemático, el pavo real.

La historia es la misma, pero hay notables diferencias entre los dos cuadros. En ambos casos aparecen -lógicamente- los mismos personajes y con una disposición semejante: Argos a la derecha, profundamente dormido, y Mercurio en el lado izquierdo, con la ternera Io tras él, preparándose para asestar el golpe mortal al indefenso pastor. Cubierto con el pétaso o sombrero con alas, Mercurio sujeta una flauta dulce en la versión rubeniana y una siringa o caramillo en la interpretación del mito ofrecida por Velázquez. En el lienzo de Rubens el mensajero de los dioses aparece de pie, alzando la espada por encima de su cabeza, mientras que Velázquez lo presenta casi arrastrándose por el suelo. Esto se debe al formato sumamente apaisado del

cuadro velazqueño, condicionado por su destino en el Salón de Espejos del Alcázar de Madrid, justo encima de una ventana.

Esa precisa ubicación explica también el tratamiento dado por Velázquez a su obra, con personajes sin rostro definido y formas sumamente deshechas, casi abocetadas, jugando con las masas de color y las zonas de luces y sombras, para tratar de paliar en cierta medida el contraluz provocado por la ventana existente bajo el cuadro. En la obra de Rubens, por el contrario, las figuras aparecen perfectamente definidas, dotadas de un gran volumen y perfectamente encajadas o ambientadas en un escenario natural al que se le ha dado un gran desarrollo.

Salvando las distancias y con los lógicos matices, la composición velazqueña parece una escena cotidiana protagonizada por hombres de carne y hueso como nosotros. Argos es tan solo un hombre dormido, sin referencia alguna a sus cien ojos, del mismo modo que los Cíclopes que ayudan a Vulcano en *La fragua de Vulcano* [P-1171] son hombres del siglo XVII, con sus características patillas. Aparentemente, Rubens también ha presentado a Argos como un simple mortal, pero si nos fijamos con atención podremos ver que tiene dos ojos cerrados en su frente, en alusión a esos cien ojos que cerraba alternativamente para poder permanecer siempre despierto y vigilante de los rebaños encomendados.

La actividad puede hacerse en el aula proyectando al mismo tiempo las dos imágenes o bien con copias en color repartidas entre los alumnos. Puede ser muy útil emplear también las imágenes en alta resolución disponibles en la [Galería online](#) de la Web del Museo del Prado, que nos permiten movernos por los cuadros apreciando con gran nitidez todos sus detalles.

Bibliografía

Existe una abundante bibliografía sobre la mitología, sus fuentes, interpretaciones iconografía y representaciones artísticas más destacadas. Entre ellas podríamos señalar, por ejemplo:

AGHION, Irène, BARBILLON, Claire y LISSARRAGUE, François: *Héroes y dioses de la Antigüedad*. Alianza Editorial, Madrid, 1997.

GALLARDO LÓPEZ, María Dolores: *Manual de mitología clásica*. Ediciones Clásicas, Madrid, 1995.

GONZÁLEZ SERRANO, Pilar: *Mitología e iconografía en la pintura del Museo del Prado*. Evohé Didaska, Madrid, 2009.

GRIMAL, Pierre: *Diccionario de mitología griega y romana*. Paidós, Barcelona, 1981.

IMPELLUSO, Lucía: *Héroes y dioses de la Antigüedad*. Electa, Barcelona, 2002.

LÓPEZ TORRIJOS, Rosa: *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro*. Cátedra, Madrid, 1995.

LÓPEZ TORRIJOS, Rosa: *Mitología e historia en las obras maestras del Prado*. Celeste, Madrid, 1998.

RUIZ DE ELVIRA, Antonio: *Mitología clásica*. Gredos, Madrid, 1984.

Para conocer más a fondo las colecciones del Museo, además de los catálogos monográficos que el Museo publica con motivo de sus exposiciones temporales, remitimos a las últimas publicaciones editadas por el Museo, donde se puede encontrar amplia información sobre las principales obras del Museo y sus autores, además de las imágenes de dichas obras:

— *La Guía del Prado*. Madrid, 2008.

— *100 Obras Maestras del Museo del Prado*. Madrid, 2008.

En la Web del Museo del Prado –en la [Galería online](#)– se encuentran disponibles reproducciones de gran calidad de las obras de la Colección; el profesor y sus alumnos pueden visualizarlas directamente.

Asimismo, a través de la Web del Museo se puede acceder también a los contenidos online de la [Enciclopedia del Museo del Prado](#), editada en 2006 por la Fundación Amigos del Museo del Prado, con análisis y comentarios de 162 obras maestras seleccionadas de la colección y más de 1600 biografías de artistas.

Anexo I

Imágenes, de Filostrato el Viejo

(I, 6) LOS EROTES

1. Mira unos Eroles que recogen manzanas. Y no te sorprenda su número. Son hijos de las Ninfas y gobiernan a todos los mortales, y son muchos porque son muchas las cosas que aman los hombres; además, dicen que hay un amor celeste que rige los asuntos divinos. ¿Sientes algo de la fragancia que llena el jardín, o no se te alcanza? Escúchame con atención. Junto con mis palabras te llegarán también las manzanas.

2. Hay aquí unas hileras de árboles, con espacio suficiente para pasear entre ellos, y blando césped bordea los senderos, dispuesto como un lecho para quien quiera acostarse encima. En los extremos de las ramas, manzanas doradas, rojas y amarillas invitan al enjambre entero de Eroles a recolectarlas. Sus aljabas están tachonadas de oro, y de oro son también los dardos que contienen; pero sus dueños las han colgado de los manzanos, y sin estorbo y libres revolotean todos en banda. Sobre el césped yacen sus mantos de variadísimos colores. No necesitan más corona sobre sus cabezas que los propios cabellos. Sus alas, de color azul oscuro, púrpura y, en algunos casos, dorado, se diría que golpean el aire con armonía musical. ¡Ah, esos cestos en los que recogen las manzanas! ¡Cuántas sardónicas y esmeraldas los adornan! Y las perlas parecen de verdad. El trabajo es digno de Hefesto. Mas los Eroles no precisan de escaleras fabricadas por el dios, pues vuelan por lo alto hasta donde cuelgan las manzanas.

3. Por no hablar de los que danzan, o corren, o duermen, o de cómo gozan comiendo las manzanas, reparemos en lo que significan estos de aquí: míralos, son cuatro Eroles más bellos que el resto y están separados de los demás; dos de ellos se lanzan el uno al otro una manzana; la otra pareja se dedica a dispararse mutuamente con el arco, mas no hay hostilidad en sus rostros, sino que ambos presentan el uno al otro el pecho, para que los dardos se lo atraviesen. ¡Hermoso enigma! Observa, a ver si soy capaz de entender al pintor. Esto es amor, niño, y deseo mutuo. Los Eroles que juegan con la manzana están empezando a enamorarse; por eso el uno besa la manzana antes de tirarla, y el otro la recibe con las manos tendidas para besarla a su vez en cuanto la coge y volverla a tirar. En lo que atañe a la pareja de arqueros, están confirmando un amor ya existente. En una palabra, los que juegan inician su amor, mientras que los que se tiran flechas no dejan de quererse.

4. Aquellos de allá, rodeados de infinidad de espectadores, se enfrentan animosamente, entregados a una especie de lucha. Describiré la lucha, ya que insistes: el uno ha agarrado a su contrincante, revoloteando por detrás de él, y lo aprisiona para ahogarlo, sujetándolo con las piernas; el otro no se rinde, se mantiene en pie e intenta librarse de la mano que lo asfixia, retorciéndole un dedo a fin de que los demás cedan y abandonen su

presa; a su vez, el primer Eros, doliéndose ante el contraataque, muerde la oreja de su oponente; semejante infracción, contraria a las normas de la lucha, despierta la indignación en los Eroles espectadores, que lo apedrean con manzanas.

5. Que no se nos escape aquella liebre: démosle caza junto a los Eroles. El animal estaba sentado a la sombra de los manzanos y se alimentaba de los frutos que caían al suelo, dejando muchos a medio comer. Los Eroles le persiguen y se precipitan tras él, uno batiendo palmas, otro gritando, un tercero agitando su clámide; unos vuelan por encima de la liebre, otros siguen su rastro a pie; toma uno impulso para lanzarse sobre ella, pero la bestezuela le hace un regate y consigue escapar en el momento en que otro Eros intenta agarrarla por una pata. Los Eroles, riéndose, ruedan por el suelo, uno de costado, otro de bruces, otros de espaldas, todos con gesto de fiasco. Nadie utiliza el arco, pues intentan coger viva a la liebre, como ofrenda gratísima para Afrodita.

6. Porque pienso que sabes lo que se dice de la liebre, que tiene mucho que ver con Afrodita. Dícese, en efecto, de la hembra que, mientras amamanta a la cría que acaba de parir, lleva ya otra carnada en el vientre, a la que nutrirá con la misma leche. Queda fecundada inmediatamente, de tal manera que no hay momento en que no esté preñada. En cuanto al macho, no sólo engendra, de acuerdo con la naturaleza masculina, sino que, contra lo establecido, también queda preñado. Los amantes perversos han encontrado en este animal un cierto poder afrodisíaco y un medio eficaz para cazar muchachitos.

7. Pero dejemos estas cosas para los hombres malvados e indignos de ver correspondido su amor, y fíjate en Afrodita. ¿Dónde está? ¿Debajo de qué manzano? ¿Ves la gruta que hay en esa roca, de donde mana una corriente del más profundo azul, fresca y potable, que se distribuye en regueros para alimentar los manzanos? Piensa que Afrodita está allí: las Ninfas le han levantado -creo- un santuario, pues ella las ha hecho madres de Eroles y, por ende, de bellos hijos. El espejo de plata, aquella sandalia dorada, los broches de oro, todos ellos son objetos colocados allí intencionadamente; proclaman que pertenecen a Afrodita: eso rezan las inscripciones, y se dice que son regalos de las Ninfas, y los Eroles ofrecen las primicias de las manzanas y, en corro, ruegan a la diosa que su vergel mantenga para siempre su belleza.

Imágenes / Filóstrato el Viejo. Imágenes / Filóstrato el Joven.

Descripciones / Calístrato. Edición a cargo de Luis Alberto de Cuenca y Miguel Ángel Elvira. Ediciones Siruela, Madrid, 1993, pp. 41-46.

Anexo 2

Metamorfosis, de Ovidio

(LIBRO VI, 1-145) ARACNE

La Tritonia había prestado sus oídos a tales relatos y había aprobado los cantos de las Aónides y su justa ira. Entonces reflexionó: “Alabar es poco; sea yo también alabada y no permita que se desprecie sin castigo mi divinidad”. Y se fijó en el destino de la meonia Aracne, quien, había oído, no se tenía por inferior a ella en el arte de la lana. No se distinguía Aracne ni por su patria ni por su cuna, sí por su arte; su padre, el colofonio Idmon, tenía esponjosas lanas con tinte foceo; su madre había muerto, pero también ella era plebeya, igual que su marido. Pese a ello Aracne en las ciudades lidias había conseguido con su esfuerzo un nombre famoso, aunque había nacido en casa humilde y habitaba en la humilde Hipepas, Para contemplar su obra extraordinaria a menudo abandonaron las Ninfas los viñedos de su querido Timolo, abandonaron sus queridas aguas las Ninfas del Pactolo. Y no sólo les gustaba admirar los vestidos confeccionados, sino también mientras se hacían (tanta belleza había en su arte), cuando amontonaba la lana en bruto en los primeros ovillos, o cuando con los dedos moldeaba el material y ablandaba los vellones, semejantes a nubes, que cubrían un largo recorrido, o cuando con un toque del pulgar hacía girar al torneado huso, o cuando bordaba con la aguja: sabrías que la había enseñado Palas. Pero ella lo niega y ofendida por tan gran maestra “¡que compita”, dijo, “conmigo: nada rechazaré si me vence!”

Palas toma la figura de una vieja, añade falsas canas a sus sienes y sostiene también con un báculo sus débiles miembros. Entonces empezó a hablar así: “No todo lo que despreciamos pertenece a la vejez: la experiencia viene con los años maduros. No desprecies mi consejo: búscate entre los mortales la mayor fama en el trabajo de la lana; cede a la diosa y pide perdón, osada, por tus palabras con voz suplicante: ella, si se lo pides, te perdonará.” Aracne la mira torvamente, deja los hilos comenzados y, conteniendo apenas la mano y manifestando en su cara la ira, replicó a la oculta Palas con las siguientes palabras: “Vienes sin tu pleno juicio y debilitada por una larga vejez, que haber vivido mucho perjudica demasiado. Si tienes alguna nuera, si tienes alguna hija, llámala. Suficiente consejo tengo yo en mí misma y no pienses que han servido tus avisos: mi opinión sigue siendo la misma. ¿Por qué no viene ella misma? ¿Por qué evita este certamen?” Entonces dijo la diosa: “Ha venido”, y apartó la figura de vieja y mostró a Palas. Adoran su numen las Ninfas y las esposas migdónides: la doncella Aracne es la única que no se asustó. Con todo enrojeció y un súbito rubor apareció a la fuerza en su rostro y se desvaneció de nuevo, como el cielo se suele poner de color de púrpura, tan pronto como sale la Aurora, y después de breve rato se enblanquece con la salida del sol.

Ella se obstina en su decisión y por un tonto deseo de victoria se precipita a su ruina, pues la hija de Júpiter ni rehúsa ni le advierte más ni aplaza ya la competición.

Sin demora colocan las dos en lugares distintos telares gemelos y los tensan con fina urdimbre. El telar está unido al rodillo, un peine separa la urdimbre, puntiagudas lanzaderas insertan entre ella la trama, a la que, desenrollada por los dedos e introducida entre la urdimbre, apisonan los dientes del peine contra el que golpea. Las dos se dan prisa y con los vestidos recogidos hasta el pecho mueven con maña los brazos y su celo oculta el esfuerzo. Allí se teje tanto la púrpura que sintió el caldero tirio como las tenues sombras de difícil distinción, tal como suele el arco iris, cuando la lluvia atraviesa los rayos del sol, teñir con su enorme curvatura el vasto cielo y aunque en él brillan mil diferentes colores, el paso mismo de uno a otro, sin embargo, escapa a los ojos que lo miran. Así tan igual es el material que tocan y tan diferente el final. Allí también se incrusta oro en los hilos flexibles y en la tela se desarrolla una antigua historia.

Palas borda la roca de Marte en la ciudadela cecropia y la antigua disputa sobre el nombre del país. Doce deidades, con Júpiter en el centro, están sentadas con augusta majestad en altos asientos; a cada uno de los dioses su propio aspecto lo identifica: la imagen de Júpiter es regia. Hace que esté en pie el dios del piélago y hiera las duras rocas con su largo tridente y del centro de la herida de la roca brote un mar, prenda con la que pueda reclamar la ciudad. A sí misma se da un escudo, se da una lanza de aguda punta, se da un casco para la cabeza, se protege el pecho con la égida y simula que la tierra golpeada por la punta de su lanza produce el fruto de un blanco olivo con las bayas ante la admiración de los dioses: una Victoria es el remate de la obra. Pero, para que la rival de su gloria entienda con ejemplos qué premio puede esperar de tan loco atrevimiento, añade cuatro competiciones en las cuatro esquinas, de brillantes colores y embellecidas con pequeñas figuras. Una de las esquinas tenía a la tracia Ródope y al Hemo, ahora montes helados, cuerpos mortales en otro tiempo, quienes se atribuyeron los nombres de los dioses supremos. La segunda esquina tenía el desgraciado destino de la madre pigmea: fue vencida en una competición y Juno la obligó a ser grulla y declarar la guerra a su propio pueblo. Bordó también a Antígona que una vez se atrevió a competir con la esposa del gran Júpiter, a la cual la regia Juno la convirtió en ave; y no le sirvió Ilión ni su padre Laomedonte para evitar recibir plumas y como cigüeña de blancas alas aplaudirse a sí misma con el crotor de su pico. La única esquina que queda tenía al huérfano Cíniras, quien, abrazando los peldaños del templo, los miembros de sus hijas, parecía derramar lágrimas tendido en la piedra. Rodeó los bordes de la tela con ramas de olivo de la paz (era el remate) y con su árbol puso fin a su obra.

La Meónide dibuja a Europa engañada por la figura de un toro: pensarías que el toro era real y real el mar. Europa parecía que miraba a la tierra que había dejado atrás, que gritaba a sus compañeras, que temía el contacto del agua que saltaba junto a ella y que encogía sus tímidas plantas. Hizo también que Asterie estuviera sujeta por un águila que luchaba, hizo que Leda estuviera acostada bajo las alas de un cisne; añadió cómo Júpiter, oculto bajo la figura de un Sátiro, preñó a la bella Nictéide de prole gemela, cómo había sido Anfitríon cuando te sedujo a ti, Tirintia, cómo de oro engañó a Dánae, de fuego a la Asópide, de pastor a Mnemósine y de moteada serpiente a la Deoide. También a ti, Neptuno, cambiado en torvo novillo, te puso junto a la doncella Eolia; tú, que parecías Enipeo, engendras a los Aloídas y como carnero engañas a la Bisáltide; y como caballo te sintió la de rubios cabellos, la dulce madre de las mieses i-y te sintió como ave la madre con crines de serpientes del caballo volador, y como delfín te sintió Melanto. A todos éstos les dio su propia figura y la figura de sus egiones. Allí está Febo, campesino por su aspecto, y cómo unas veces llevó alas de gavilán y otras lomo de león, cómo de pastor engañó a la Macareide Ise, cómo Líber engañó a Erígone con falsas uvas y cómo Saturno de un caballo engendró al doble Quirón. La última parte de la tela, rodeada por una fina franja, tenía flores entretejidas con hiedras entrelazadas.

Ni Palas ni la Envidia podría criticar aquella obra. Se dolió con el éxito la varonil doncella rubia y rompió el lienzo bordado de crímenes celestiales; y según tenía la lanzadera procedente del monte de Citoro, golpeó tres o cuatro veces en la frente a la Idmonia Aracne. No lo soportó la desgraciada y se ató con valor su garganta con un lazo; ya colgaba cuando Palas, compadecida, la levantó y le dijo así: “Vive pues, pero cuelga, malvada, y el mismo castigo, para que no estés segura en el futuro, esté declarado para tu familia y tus remotos descendientes”. Tras esto, al marcharse, la roció con jugo de la hierba de Hécate, y al punto se evaporaron sus cabellos tocados por la triste droga y con ellos la nariz y los oídos: la cabeza se le vuelve diminuta y también todo el cuerpo de Aracne es pequeño; en el costado tiene incrustados unos finos dedos en lugar de piernas; lo demás lo ocupa el vientre, del que, sin embargo, ella suelta un hilo y, como araña, trabaja sus antiguas telas.

OVIDIO: *Metamorfosis*. Edición a cargo de Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín. Col. Clásicos de Grecia y Roma. Alianza Editorial, Madrid, 2000 (2ª reimpresión), pp. 195-199.